SONIA BELLIDO

# UN MAÑANA ¿IMPOSIBLE?

Algunas despedidas son el comienzo de algo más real



# Un mañana ¿imposible?

**Sonia Bellido Aguirre**

Un mañana ¿imposible?
Sonia Bellido Aguirre

Copyright © 2025 por Sonia Bellido Aguirre
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 20/03/2025

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en soniabellido02@gmail.com

# Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

# Capítulo 1

**Tessa**

El mensaje llega mientras reviso la lista de distribución para la boda. Llevamos meses discutiendo si incluir o no una canción de Beyoncé y por fin, ahora que estamos a solo una semana, James ha cedido. La pequeña victoria me sabe a gloria hasta que la pantalla de mi teléfono se ilumina.

*Vanessa: ¿Podemos hablar? Estoy en casa. Es importante.*

¿Vanessa?

Vanessa es una compañera del departamento de marketing con quien apenas he intercambiado más de diez palabras en los tres años que llevo en la empresa. No somos amigas, apenas somos conocidas, y eso hace que su texto parezca aún más extraño.

Algo en mi interior enciende todas las alarmas, ese instinto primitivo que detecta peligro antes de que la mente racional pueda procesarlo. Mis dedos se congelan sobre la pantalla, dudando qué responder.

*Yo: ¿Va todo bien?*

Opto por algo neutral.

Los tres puntos aparecen y desaparecen varias veces antes de que llegue su respuesta.

*Vanessa: No. Es sobre James. Creo que deberías saberlo antes de casarte.*

Mi corazón se detiene. El zumbido que comienza a formarse en mis oídos amortigua el ruido de la cafetería en la que estoy sentada. La camarera anuncia un pedido, alguien ríe demasiado fuerte, pero todo parece provenir de algún lugar lejano.

*Yo: estaré allí en media hora*, respondo temblando.

El apartamento de Vanessa está en un edificio de ladrillo rojo en el lado norte de la ciudad. Es la primera vez que vengo y mientras subo en el ascensor, intento convencerme a mí misma de que esto no es lo que parece. Seguramente James organizó una despedida de soltera sorpresa. O quizás Vanessa quiere advertirme sobre algún

problema en el trabajo que podría afectar nuestra luna de miel.

Cualquier cosa menos lo que mi instinto me grita que es.

Abre la puerta antes de que pueda tocar el timbre. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando un buen rato y evita mi mirada.

—Gracias por venir —murmura, haciéndose a un lado para dejarme entrar—. ¿Quieres un té?

—Quiero que me digas qué está pasando —gruño sin moverme de la entrada del apartamento.

Ella asiente, mordiéndose el labio inferior en un gesto de dolor.

—Ven al salón, por favor.

La sigo hasta un pequeño salón decorado en estilo minimalista. Sobre la mesa de café hay un ordenador portátil abierto, mostrando lo que parece ser la bandeja de entrada de una cuenta de correo electrónico.

—Es mejor que te sientes —anuncia señalando el sofá con su dedo índice—. Esto... esto no va a ser fácil.

—Vanessa, me estás asustando, joder —protesto.

Ella respira hondo, como reuniendo fuerzas para continuar.

—James y yo hemos estado viéndonos durante los últimos ocho meses —confiesa tan bajo que apenas consigo escucharla.

Las palabras caen como una tonelada de piedras en un estanque tranquilo. Es como si alguien acabase de colocar una pesada losa sobre mi pecho, tan pesada que me aplasta y casi no consigo respirar.

—¿Qué coño has dicho? —Es lo único que logro articular.

—Empezó en aquella conferencia en Chicago —continúa, su voz apenas un susurro—. Me dijo que estabais en un momento difícil, que prácticamente habíais roto, pero que aún no sabía cómo decírtelo— hace una pausa—. Dijo que todo se había acabado contigo y a mí me pilló en un momento vulnerable y… bueno, esa noche hicimos el amor. Sé que luego volvió contigo a la habitación, pero a partir de ahí quedamos de manera habitual.

Tiemblo de la cabeza a los pies. Mi mente retrocede a aquella conferencia en Chicago, hace ocho meses. James estaba extraño, distante, pero al mismo modo cariñoso. Me compró un collar que decía que le recordaba al color de mis ojos. Lo llevé durante

semanas, casi sin quitármelo. Me sentía amada, especial, mientras, en cambio, él…

—¿Por qué te inventas todo esto, Vanessa? No creo ni una palabra de lo que dices —protesto sin saber qué pensar.

—Te lo cuento porque de verdad pensé que lo vuestro había acabado. Y ayer me enteré de que os ibais a casar. Peor aún, pasó la noche conmigo y miré su móvil mientras dormía. Tú y yo ni siquiera somos las únicas. Encontré mensajes, Tessa. Muchos mensajes. Con otras mujeres.

—¿De qué coño hablas? James pasó la noche fuera de la ciudad. ¿Por qué me estás diciendo esto ahora? ¿Una semana antes de mi boda? ¿Qué es lo que pretendes, Vanessa? —pregunto alzando la voz.

—Porque a mí me duele —chilla mientras gira el portátil en mi dirección—. Y porque si yo estuviese en tu lugar, querría saberlo antes de cometer el mayor error de mi vida.

Temblando, me acerco a la pantalla y lo que veo hace que mi estómago se revuelva. Capturas de pantalla de conversaciones en Instagram, Facebook, WhatsApp. James coqueteando, enviando fotos íntimas, haciendo planes. Reconozco nombres: Claudia, del departamento legal; Sophie, la camarera del café frente a nuestra oficina; incluso Melanie, una prima lejana mía que vino a nuestra fiesta de compromiso.

Y luego veo las fechas. Algunas conversaciones son de hace años. Otras son de la semana pasada. Una de ayer por la noche, mientras yo ultimaba los detalles de la tarta nupcial.

—¿Has hecho todo esto con Photoshop? —me niego a creerlo.

—¿Tú eres tonta, joder? ¿Te suena de algo esto o nunca se lo has visto de cerca? —indica mientras me enseña varias fotos de la erección de mi prometido.

—Joder —suspiro.

—Me dijo que lo nuestro era diferente. Que nunca se había sentido así por nadie —deja escapar una risa amarga—. Aparentemente, les dice lo mismo a todas.

Siento náuseas al escucharla, como si estuviese en un barco durante una tormenta. Pero por encima de todo, es como si una parte de mí se estuviese rompiendo, que toda mi vida se desmorona como un castillo de naipes.

—Lo siento —dice al fin—. Sé que esto te destroza, pero no podía dejar que te casases sin saberlo. Por mi parte, siento mucho haberte hecho daño, pero te juro que estaba convencida de que lo vuestro se había acabado o estaba a punto de hacerlo.

Asiento mecánicamente, incapaz de formar palabras. Mi mente trata de procesar demasiada información al mismo tiempo: la traición, las mentiras, los regalos que ahora parecen sobornos para limpiar su conciencia. El collar. El anillo de compromiso que llevo en el dedo.

—Necesito irme —anuncio nerviosa, aunque al levantarme las piernas casi no me sostienen.

—Tessa, ¿estás bien para conducir? Puedo llamarte un taxi si quieres.

—Estoy perfectamente —miento, dirigiéndome a la puerta como una autómata.

No recuerdo bien el viaje en el ascensor, ni cómo llego a mi coche. Solo sé que de alguna manera consigo sentarme tras el volante, mirando fijamente hacia delante mientras las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas. Primero una a una, luego en un torrente imparable que me empaña la visión.

Mi teléfono vibra en mi bolso. Lo ignoro. Vibra de nuevo, insistente. Temblando, lo saco.

Es James.

*James: ¿Dónde estás? Vanessa me acaba de llamar. No sé lo que ha contado, pero es todo mentira. Esa mujer está loca. Podemos arreglar esto, Tessa. Déjame explicarte.*

Y entonces, como si un interruptor se hubiese activado dentro de mí, el sentimiento de devastación da paso a algo más potente, más abrasador. Furia. Una ira tan intensa que hace que mis manos dejen de temblar y que mi visión se aclare.

Este hombre, al que he amado durante cuatro años, con quien he compartido mis sueños. Mis esperanzas y mis miedos. Mi cuerpo. Ese hombre con el que estaba a punto de casarme, me ha estado mintiendo todo este tiempo. No es solo una aventura, no es solo un error de un día en el que había bebido demasiado. Creo que me rompería por dentro de igual modo, pero esto ha sido aún peor, una red de engaños que abarca prácticamente toda nuestra relación.

Enciendo el motor y me incorporo a la carretera. No conduzco hacia nuestro apartamento, sino hacia el de Marta, mi mejor amiga desde la universidad. Necesito un lugar seguro para derrumbarme antes de enfrentarme a ese malnacido.

Porque pienso enfrentarme a él. Y cuando lo haga, no quedará nada de la novia comprensiva que James espera encontrar.

# Capítulo 2

**Tessa**

—¡Te juro que le mato! —chilla Marta tras escuchar mi relato y ver las capturas de pantalla que Vanessa me envió al teléfono—. Literalmente voy a cortarle los huevos y alimentar a los peces del parque con ellos.

—Ponte a la cola —bufo.

Llevo dos horas en su casa, sentadas en el sofá, rodeadas de pañuelos de papel empapados y dos botellas de vino vacías. Alternando entre llorar desconsoladamente y planear venganzas sangrientas que sé que nunca llevaré a cabo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta al fin, apretando mi rodilla.

—Lo único que puedo hacer —respondo, sorprendida por lo tranquila que me siento ahora, aunque quizá sea el alcohol—. Cancelar la boda.

—¿Estás segura? Quizás deberíais hablar, ir a terapia…

—¿Terapia? ¿Con un hombre que ha estado engañándome con varias mujeres durante años? ¿Incluida mi prima Melanie? Ni loca.

Marta hace una mueca de disgusto.

—Tienes razón, lo siento. Es solo que… una semana antes, Tess. Todo está pagado, los invitados tienen sus viajes organizados…

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Que me case con él sabiendo todo esto? ¿Que finja que no pasa nada durante la ceremonia y luego, qué? ¿Pida el divorcio tras volver de la luna de miel?

—No, claro que no —suspira—. Es solo que… va a ser un caos.

—Mi vida ya es un caos en estos momentos —admito, sintiendo una nueva oleada de lágrimas que amenazan con desbordarse—. Al menos quiero enfrentarme a todo esto con dignidad.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Esta vez no es James, sino mi madre. Probablemente, para consultarme algo sobre las jodidas flores para las mesas o si hemos

decidido entre salmón o solomillo de buey para el plato principal.

Lo silencio. No puedo hablar con ella ahora, no cuando siento que me estoy desintegrando molécula a molécula.

—Tengo que enfrentarme a él — confieso, poniéndome en pie—. Necesito escuchar lo que tiene que decir, aunque no cambie nada. Al menos, que tenga los huevos para decírmelo a la cara y no seguir haciendo las cosas a escondidas para luego negarlo como un puto cobarde.

—Iré contigo.

—No. Esto tengo que hacerlo sola. Aun así, ¿podrías hacer algo por mí?

—Lo que sea.

—Llama al restaurante. Dile que… dile que la boda se cancela.

La casa que compartimos, un dúplex que compramos hace un año con la ayuda de nuestras familias, está en penumbra cuando llego. Solo la luz del estudio está encendida, proyectando un rectángulo amarillo en el jardín delantero.

Abro la puerta, consciente de que podría ser la última vez que lo haga. El aroma familiar me golpea: una mezcla de la colonia de James, el ambientador de vainilla que tanto me gusta, y algo más, el olor indefinible de nuestras vidas entrelazadas que están a punto de separarse para siempre.

Le encuentro sentado en el sofá del salón, con la cabeza entre las manos. Al oírme entrar, levanta la mirada con miedo. Tiene los ojos enrojecidos, el pelo despeinado de pasar los dedos por él, un gesto nervioso que conozco bien.

—Tess —suspira, levantándose de un salto—. Estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado? Eres un puto cerdo —gruño, chasqueando la lengua.

Él asiente, aceptando el golpe. Prefiere no discutir y yo preferiría que lo hiciese.

—Tessa, lo siento. Lo siento de verdad. No sé lo que esa mujer te ha dicho, pero puedo explicarlo.

—¿Explicar qué exactamente? ¿Cómo has estado engañándome durante años? ¿Cómo te has acostado con media empresa, incluida mi prima? ¿Cómo planeabas casarte conmigo mientras seguías enviando fotos de tu polla a otras mujeres? ¿Tan orgulloso estás de ella? Porque no es para tanto, la verdad.

—No es así —murmura, dando un paso hacia mí—. No es tan simple.

—¿No lo es? Ilumíname entonces. ¡Vamos! — desafío, cruzando los brazos sobre el pecho y creando una barrera entre nosotros.

—Yo… tengo un problema —comienza, pasándose la mano por el pelo—. Una adicción. Sí, una adicción al sexo, a la atención, no lo sé. He intentado parar, te lo juro. Cada vez que ocurría, me odiaba a mí mismo, prometía que sería la última vez. Pero te juro que si me das otra oportunidad iré a terapia y…

—¿Y por eso le dijiste a Vanessa que lo nuestro se había acabado?

Se queda pálido al escucharme.

—Eso… eso fue solo algo que dije para que ella no se sintiese como la otra. Sabes que te amo, Tess. Eres la única persona con la que quiero pasar el resto de mi vida.

—¿Mientras te acuestas con otras?

—Puedo cambiar, buscaré ayuda —insiste mientras sus ojos se llenan de lágrimas—. Podemos posponer la boda si quieres, hasta que se arregle esto. Pero, por favor, no tires por la borda todo lo que tenemos por un par de errores.

—¿Errores? —repito alzando la voz—. ¿Así es como lo llamas? ¿Sabes lo que es un error, James? Olvidar sacar la basura. Comprar leche cuando ya hay mucha en la nevera. ¡Engañar a tu prometida con otras mujeres durante años no es un error! Es ponerme los cuernos.

—Tessa, por favor —suplica, acercándose más a mí—. Te quiero. Eres lo mejor que me ha pasado. Estaba confundido, tenía mucha presión en el trabajo, pero ahora lo tengo claro. Quiero estar contigo, solo contigo.

Por una décima de segundo, una pequeña parte de mi corazón vacila. Es el mismo James que me sostuvo durante noches enteras cuando mi padre enfermó, el mismo que me sorprendió con un picnic bajo las estrellas para pedirme matrimonio, el mismo cuya sonrisa ha sido mi ancla en los peores días.

Pero entonces recuerdo los mensajes, las mentiras, el collar que me compró mientras se acostaba con otra mujer.

—La boda ya está cancelada —confieso con una calma que no siento—. Me voy de esta casa. Puedes quedártela o venderla, me da igual. No puedo vivir en ella porque cada minuto me recordaría a que he estado a punto de casarme con un cerdo. Pero quiero mi parte del dinero, eso sí.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Vas a tirar cuatro años por la ventana? ¿Todo lo que hemos construido?

—Lo has tirado tú, James. Cada vez que decidiste engañarme. Cada vez que me miraste a los ojos y mentiste — me quito el anillo de compromiso, un diamante engarzado en oro blanco que hace apenas unas horas me parecía el símbolo más hermoso de nuestro amor, y lo dejo sobre la mesa de café—. Se acabó.

Las siguientes cuarenta y ocho horas son un torbellino de llamadas, mensajes y discusiones a las que nunca imaginé tener que enfrentarme.

—¿Qué dices que has hecho?

La voz de mi madre retumba a través del altavoz del teléfono, tan aguda que tengo que alejarlo de mi oído para que no me deje sorda. Frente a mí, en el apartamento de Marta, una hoja de cálculo con los números de todas las personas a las que debo llamar me recuerda lo duro de la situación.

—He cancelado la boda, mamá —repito, intentando mantener un tono calmado—. James me ha estado engañando. Con varias mujeres. Durante años.

—Todas las relaciones tienen problemas, Tessa —afirma, dejándome de piedra con su comentario. Además, lo dice como si estuviese explicando algo sencillo a un niño especialmente lento—. Nadie es perfecto. Tu padre y yo hemos pasado por momentos difíciles también, pero no por eso tiramos todo por la borda una semana antes de nuestra boda.

—¿Papá te engañó?

—Eso no viene al caso —responde, evitando mi pregunta—. El punto es que los matrimonios requieren trabajo, compromiso, perdón.

—No voy a perdonar esto, mamá.

—¿Y qué vamos a decirle a la gente? ¿A mis amigas del club? ¿A la tía Gertrude que viene desde Australia? ¿Has pensado en el escándalo?

Y ahí está. Su verdadera preocupación. No mi corazón roto, no mi futuro destrozado. No el daño que han hecho a su hija, sino qué dirán las señoras de su club de lectura mientras beben Martinis y juzgan las vidas de los demás.

—Diles la verdad —respondo, sintiendo cómo la ira resurge en mi interior—. Diles que el que iba a ser tu futuro yerno es un mentiroso patológico que no podía mantener la polla dentro de sus pantalones ni siquiera una semana antes de la boda.

—¡TESSA! ¡Qué lenguaje es ese!

—El lenguaje de alguien que acaba de descubrir que toda su relación ha sido una farsa, mamá. Lo siento si te ofende más mi vocabulario que mi sufrimiento.

Se hace un silencio al otro lado de la línea, seguido por un suspiro profundo.

—Entiendo que estés dolida, cariño. Pero tomar decisiones drásticas cuando estás en esas condiciones nunca es buena idea. ¿Por qué no vienes a casa? Podemos hablar, quizás llamar a James, sentarnos los tres...

—No voy a discutir esto contigo —la interrumpo—. Y a ese cerdo no quiero volver a verle en toda mi vida. Cambiaré de empresa si hace falta. La boda está cancelada. Punto. Si quieres ayudar, puedes empezar a llamar a tu lado de la familia para avisarles. Si no, Marta y yo nos encargaremos.

Cuelgo antes de que pueda responder, algo que nunca había hecho.

—Esa es mi chica —susurra Marta, levantando su taza de café como si estuviese brindando—. Tu madre siempre ha sido… complicada.

—Es la reina del "¿qué dirán?" —murmuro, volviendo a mi lista en el ordenador—. Bien, he enviado correos electrónicos a los proveedores. Ahora necesitamos avisar a los invitados.

—Ya he creado un grupo de mensajes —responde mi amiga, mostrándome su teléfono—. He pensado en un mensaje general primero y más tarde podemos llamar a los más cercanos para dar más detalles.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Probablemente, perdonar a ese imbécil —responde con una sonrisa triste—. Qué pena devolver todos esos regalos. ¿Y el viaje?

De pronto me acuerdo. Un resort con todo incluido en una pequeña isla del Caribe. Dos semanas de playas paradisíacas, cócteles infinitos en la piscina y puestas de sol perfectas para Instagram.

Todo pagado. No reembolsable.

—Qué desperdicio —murmura.

—Voy a ir —suspiro.

—¿A la luna de miel? ¿Sola? —Marta me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Por qué no? Necesito alejarme de todo esto. Ven conmigo. Convertiré lo que iba a ser una celebración romántica en un viaje de autodescubrimiento.

—Esa es la cosa más valiente y loca que te he oído decir —responde, con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero no puedo acompañarte, lo sabes, ¿verdad?

—Iré sola —agrego sin dudar.

# Capítulo 3

**Tessa**

Pego la frente a la ventanilla del taxi mientras nos deslizamos por una carretera llena de curvas de camino al hotel. En condiciones normales, me parecería el lugar más romántico del mundo; palmeras que se mecen con el viento, un mar de un imposible color turquesa, el cielo sin una nube… Pero esto no son condiciones normales y parece estar lleno de parejas cogidas de la mano o deteniéndose para darse un beso. Creo que voy a odiar este lugar, lo único que siento es un vacío en mi interior, como si alguien hubiese excavado un agujero en mi pecho.

Mientras me encargaba de deshacer todo el problema de la boda cancelada, apenas pensaba en ello. Ahora, la calma ha traído dolor. Un dolor insoportable.

*¿Has llegado bien? Por favor, dime que estás bien. No quiero que te secuestren en la isla esa.*

Sonrío al leer el mensaje de Marta. Cierro los ojos un momento y siento cómo el cansancio comienza a superarme. Las horas de sueño han sido escasas últimamente y empezar a procesar lo que ha ocurrido será muy duro.

*Acabo de llegar. Estoy bien... o lo estaré, espero. Te escribo cuando me instale en el hotel*, respondo de manera escueta.

El taxista disminuye la velocidad al acercarnos a un complejo de villas privadas rodeadas de vegetación tropical. “Paraíso Azul”, dice el cartel a la entrada. Se mece lentamente con cada ráfaga de brisa y la ironía es casi cruel. Este lugar, diseñado para las parejas, será testigo del primer viaje que haré sola en toda mi vida.

—Hemos llegado, señorita —anuncia el conductor deteniendo el vehículo frente a una recepción de estilo polinesio—. ¿Quiere que la espere mientras hace el check-in?

Niego con la cabeza y al bajar, un calor húmedo me envuelve como una pesada manta.

El primer problema es explicar en recepción que me quedaré yo sola. No hay

luna de miel, no hay escapada romántica, tan solo una mujer desorientada que busca encontrar su camino.

Algo en mi expresión debe transmitir que no estoy para escuchar ninguna pregunta incómoda, porque la mujer asiente con cara de pena.

—Por supuesto, señorita Jensen. Es una villa frente al mar con acceso directo a la playa privada.

Unos metros a la izquierda, una chica más o menos de mi edad sonríe mientras su novio o su recién estrenado marido la abraza desde atrás. Entrelazan los dedos sobre su vientre y ella gira la cabeza para besarle. Parecen felices, pero debo apartar la mirada porque tan solo me produce dolor.

La villa es maravillosa, exactamente como aparecía en las fotos que vimos por internet, aunque la enorme cama y el jacuzzi me hacen llorar.

—Una botella de champán para celebrar su llegada —explica el hombre que ha traído la maleta, señalando con el dedo.

Se me escapa una risa triste. ¿Celebrar? ¿El fin de cuatro años de mi vida? ¿Descubrir que el hombre con el que estaba a punto de casarme me engañaba? Creo que me la beberé, pero para olvidar.

En cuanto la puerta se cierra, me derrumbo sobre la cama. El aire acondicionado zumba con suavidad, creando un contraste con el calor tropical del exterior. Permanezco mirando el techo, sintiendo cómo las lágrimas que he contenido durante el viaje encuentran al fin su camino y ruedan libres por mis mejillas.

No lloro por James, me repito a mí misma. Lloro por la mujer que fui, tan ciega, tan dispuesta a creer en promesas vacías. Lloro por los planes que hice, por los sueños que compartí. Lloro porque, aunque parezca estúpido, una parte de mí sigue preguntándose qué hice mal.

Un gruñido de mi estómago me recuerda que apenas he comido en el avión. Me incorporo, intentando orientarme. Por un instante, el cambio horario hace que mi cuerpo no sepa si es hora de cenar o de desayunar. Consulto mi reloj: 11:23 de la noche. Probablemente la mayoría de los restaurantes estarán cerrando.

—Arriba —me ordeno a mí misma—. No has venido hasta aquí para esconderte en la habitación y llorar.

Tras cepillarme el pelo y lavarme la cara para que no se note que he estado llorando, me visto con unos vaqueros y una camiseta blanca y salgo a la calle. Podría cenar

en el hotel, pero hacerlo fuera es parte de la aventura. Necesito forzarme a mí misma, salir y conocer. No quedarme encerrada.

—Adelante, paso a paso —susurro—. Esta noche comer algo, respirar. Sobrevivir. Mañana será otro día.

Pero esto no es como lo había imaginado cuando decidí venir. Nada lo es. Y no tengo ni idea de cómo voy a superar las próximas tres semanas sola en este paraíso para enamorados.

**Ingrid**

—¡Necesito dos pescados a la sal y un pulpo al carbón para la seis! —grito por encima del ruido de la cocina, mientras termino de emplatar un tartar de atún rojo.

El calor es sofocante a pesar del sistema de ventilación y el sudor corre por mi frente mientras verifico cada detalle del plato. La presentación debe ser perfecta: el tartar forma una torre inmaculada, el aliño de cítricos lo rodea como un halo. Las flores comestibles añaden color. No sé por qué, pero las flores comestibles les encantan a los turistas.

—Jefa, los clientes de la mesa ocho quieren felicitarte en persona —anuncia Miguel, uno de los camareros, mientras regresa de entregar un postre—. Dicen que es el mejor arroz negro que han probado en su vida.

A pesar del cansancio, sonrío. Estos pequeños momentos de reconocimiento son los que me mantienen en pie, los que me recuerdan por qué dejé Barcelona y su mundo de presión constante. Cada día me alegro más de haberme alejado de los críticos culinarios implacables que quieren dictar las directrices de tu restaurante.

—Diles que iré enseguida, primero debo terminar este plato. Lucas, fíjate bien.

Lucas se acerca mientras empiezo a preparar el siguiente pedido. A sus veintidós años, tiene talento natural y hambre de aprender, pero le falta técnica.

—Jefa, quería preguntarte por la espuma de maracuyá que comentamos ayer —dice, su acento puertorriqueño más pronunciado cuando se pone nervioso—. Estuve practicando y creo que ya me sale bien.

—Mañana lo vemos. Hoy ya es muy tarde. Si funciona, podemos incluirla en el menú de la próxima semana.

Mi pequeño restaurante en la isla es un espacio donde puedo crear sin la presión asfixiante de mantener una estrella Michelin, sin la mirada crítica de Claudia juzgando

cada uno de mis movimientos, esperando el más mínimo error para humillarme frente al equipo.

Han pasado tres años desde que dejé Barcelona, tres años desde mi crisis de ansiedad en medio de un servicio. Tres años desde que elegí mi salud mental por encima de mi carrera, de mi reputación, de todo lo que creí que me importaba.

Por supuesto, Claudia, la chef principal y mi pareja por aquel entonces, no lo entendió.

—Si no puedes soportar la presión es que no vales para esto —gruñó con esa frialdad que caracterizaba tanto su cocina como su forma de hacer el amor.

—¡Cuatro personas en la 12! —anuncia Lola, la maître, asomándose a la cocina —. Son los Smith, de nuevo.

—¿Cuántas veces han venido este mes? —pregunto, aunque ya sé la respuesta: es la tercera, creo, quizá la cuarta. A pesar de vivir en la isla de manera permanente, los Smith se han convertido en clientes habituales desde que abrimos hace dos años.

—Dicen que no pueden vivir sin tu mero a la brasa —ríe Lola—. ¿Les preparo algo especial de aperitivo?

—Pregúntales si quieren probar el nuevo pulpo que estamos preparando. Cortesía de la casa.

La primera vez que entraron en el restaurante, me miraron con escepticismo. Se hicieron millonarios vendiendo las tierras que su familia poseía a las cadenas hoteleras. Fue hace años, cuando llegó el boom turístico. Pasaron de pescar y cuidar algo de ganado a no saber qué hacer con tanto dinero. Son lo más parecido a la aristocracia que hay en este lugar.

—¿Una española dirigiendo un restaurante en nuestra isla? —preguntó alzando una ceja con una mezcla entre curiosidad y desconfianza. Hoy, es uno de mis mayores defensores, siempre trae amigos y familiares para que prueben “la cocina de la española”, como me llama de manera cariñosa.

Casi las once, la mayor parte de los clientes se han marchado. Los pocos que quedan disfrutan de sus postres. Lucas y el resto del equipo de cocina están limpiando, preparándose para cerrar.

—Jefa, ¿necesitas que me quede? —pregunta Lola.

—No, ve a casa. Tu hija tiene un recital mañana, ¿verdad? Necesitas descansar.

Lola sonríe agradecida y se apresura a terminar sus tareas para marcharse. Este

es un aspecto de mi nueva vida que valoro mucho: poder tratar a mi equipo como personas, no como máquinas de producción culinaria como hacía mi ex.

En cuanto el último de mi equipo sale por la puerta, respiro hondo. Disfruto de estos momentos en solitario, cuando todos los clientes se han marchado y ya no queda nadie. Es como mi espacio íntimo. Me sirvo una copa de vino blanco, un albariño fresco que combina a la perfección con la suave brisa marina que se cuela por las ventanas.

Con la mirada perdida en el océano, mientras escucho el sonido rítmico de las olas contra la orilla, me permito divagar sobre cómo ha cambiado mi vida. Hace tres años, tras cerrar el restaurante, estaría junto a Claudia revisando críticas online. Ella se enfadaría con el más mínimo comentario negativo y lo pagaría conmigo. Más tarde, me pediría disculpas y haríamos el amor sin sentirlo, como si esa fuese su forma de compensarme por haberse portado conmigo como una gilipollas. Ahora, soy feliz con un restaurante en una isla paradisíaca, con una clientela leal y un equipo que me respeta y quiere aprender.

Y aun así, todavía hay días en que los últimos comentarios de Claudia resuenan en mi cabeza: “Te estás desperdiciando. Eres una cobarde.”

A veces, yo misma me lo pregunto. ¿Rendirme a esta tranquilidad fue un acto de sabiduría o de cobardía? ¿Realmente prefiero esta vida o es solo que temo no estar a la altura?

Un ruido en el comedor interrumpe mis pensamientos. Me asomo y veo a una mujer de pie en la entrada, mirando a su alrededor con expresión desorientada.

Hay algo en su postura, una mezcla de fragilidad y determinación, que me resulta intrigante.

—Lo siento, estamos cerrando —anuncio—. El servicio termina a las once.

La mujer parpadea, como si acabase de despertar de un trance.

—Perdón —responde, por su acento veo que es americana—. Vi las luces encendidas y... está bien, volveré mañana.

Da media vuelta para marcharse, pero algo en su expresión, un agotamiento que va más allá de lo físico, me hace cambiar de idea.

—Espera —la llamo—. ¿Tienes hambre?

Se gira, sorprendida.

—Mucha —confiesa—. Acabo de llegar a la isla y no he comido nada decente en todo el día, pero no te preocupes, la cafetería del hotel está abierta hasta las...

—Puedo prepararte algo sencillo. Sería un crimen dejarte ir a la cama con hambre en tu primera noche aquí o comiendo un sándwich de plástico.

Una tímida sonrisa ilumina su rostro y lo transforma por completo.

—No quisiera molestar...

Niego con la cabeza mientras regreso tras la barra.

—Ninguna molestia. Siéntate donde quieras. ¿Alguna preferencia o alergia?

—Me gusta todo —responde, eligiendo una mesa cerca de la ventana abierta que da a la playa—. Y confío en tu criterio.

—¿Algo de vino? —inquiero, mostrándole la botella de albariño que estaba bebiendo.

—Por favor —asiente, y por un instante, creo ver lágrimas en sus ojos—. Ha sido... ha sido un día largo.

Algo en su tono me dice que la palabra “largo” es un eufemismo para algo mucho más complicado. No puedo evitar sentir curiosidad por esta extraña que ha aparecido en mi restaurante justo cuando estaba a punto de cerrar. Conozco bien esa mirada de quien carga demasiado peso sobre los hombros.

—Me llamo Ingrid —digo mientras le sirvo una copa de vino blanco.

—Tessa —responde, levantando ligeramente su copa en un silencioso brindis—. Y gracias. No te imaginas cuánto necesitaba esto.

Mientras le preparo algo en la cocina, me asomo una y otra vez con disimulo. Es extraño, algo en ella me llama demasiado la atención. Es muy guapa, eso está claro. También tengo claro que llevo mucho tiempo sin sexo, pero creo que hay algo más. No es solo la necesidad de un revolcón, aunque no se lo negaría.

Sacudo la cabeza, tratando de ahuyentar los absurdos pensamientos. Es solo una turista agotada por el viaje. Seguramente no ha venido sola. Nadie lo hace, todos vienen con su pareja. Ni siquiera volveré a verla.

Y aun así, cada mirada furtiva me hace preguntarme a mí misma quién es realmente Tessa. Sobre todo, por qué tiene esa mirada de quien ha perdido algo importante y aún no sabe cómo seguir adelante con su vida.

# Capítulo 4

**Tessa**

El plato que Ingrid coloca ante mí es una obra de arte. Pequeñas islas de pescado descansan sobre un lecho de verduras de todos los colores. Las diminutas flores comestibles le dan un toque especial. No es el tipo de plato que esperaría encontrar en un pequeño restaurante de playa en una isla turística. Mucho menos cuando me dijo que la cocina estaba cerrada.

—Ceviche de pescado local con leche de tigre de maracuyá y aguacate —explica, y noto un ligero acento en su forma de hablar que no logro ubicar—. Lo he preparado un poco menos ácido de lo habitual para que no sea demasiado intenso a esta hora.

—Casi da pena comerlo —comento, sin poder apartar los ojos del plato.

—Es parte de la experiencia, pero el plato está hecho para comerse, no para mirarlo —bromea con una sonrisa que parece iluminar toda la sala.

Con el primer bocado ocurre algo extraordinario. Los sabores explotan en mi boca: la frescura del pescado, la acidez controlada del cítrico, el cremoso aguacate, todo está perfectamente equilibrado. Es como si cada elemento hubiera sido colocado exactamente donde debe estar, calculado para crear una armonía perfecta.

—Joder —murmuro con los ojos cerrados—. Esto es... es increíble.

Cuando abro los ojos, Ingrid me observa con una expresión difícil de descifrar, entre satisfacción profesional y algo más, algo que parece casi... Prefiero no pensarlo, pero la idea me produce un calor inesperado.

—Lo preparé especialmente para ti —confiesa, sirviéndome una copa de vino blanco—. Me pareció que necesitabas algo que te levantase el ánimo.

—¿Tan deprimente te parezco? —intento bromear, aunque la pregunta sale de mi boca con más brusquedad de lo que pretendía.

—No deprimente —responde, apoyando las manos sobre la mesa—. Yo diría

que cansada. Y quizás un poco perdida.

Su observación me descoloca. ¿Tan transparente soy? Me concentro en el plato, tomando otro bocado para ganar tiempo y pensar en una respuesta. Es extraño, pero tiene razón, este plato de comida me está proporcionando algo parecido al consuelo.

—Supongo que es el jet lag —respondo encogiéndome de hombros—. Ha sido un viaje largo desde Boston.

Ingrid asiente, pero su mirada me dice que no me cree del todo. Sin embargo, no presiona.

—¿Primera vez en la isla?

—Sí. Necesitaba un cambio de aires. Algo completamente diferente a mi vida en... —me detengo, replanteándome cómo seguir. La verdad es demasiado complicada, demasiado dolorosa todavía—. Decidí darme un capricho, tres semanas en el paraíso para mí sola.

—¿Viajas sola? —inquiere alzando las cejas con sorpresa.

—Completamente sola —confirmo, y hay cierto alivio en pronunciar esas palabras, como si fuese una elección y no la consecuencia de un desastre personal—. La verdad es que creo que lo voy a disfrutar. Sin horarios, sin compromisos, sin tener que consultar con nadie lo que quiero hacer.

Ingrid sonríe y levanta su copa en un pequeño brindis.

—Por la libertad de viajar sola —exclama mientras chocamos nuestras copas.

El vino es tan excepcional como la comida: fresco, con notas minerales y una acidez perfecta que complementa el pescado. Me sorprendo a mí misma relajándome por primera vez en días. Aquí, en este pequeño restaurante junto a la playa, con una desconocida que parece interesada en hacerme sentir bienvenida. La pesadilla de la semana pasada parece casi lejana.

—¿Y tú? ¿Cómo acaba una chef con acento europeo dirigiendo un restaurante en una isla tropical? ¿Me equivoco o eres de España?

Ingrid aparta la mirada por un momento, como si estuviese decidiendo cuánto revelar.

—Es una larga historia —suspira—. La versión corta es que trabajaba en Barcelona, en un restaurante muy famoso. La presión era... brutal. Un día, simplemente no pude más.

—¿Te fuiste así, sin más?

—No exactamente —admite mientras sonríe con cierta melancolía—. Primero tuve un ataque de ansiedad con críticos gastronómicos presentes y todo eso. No es algo que recomiende como estrategia de salida profesional.

En su tono, hay una mezcla de humor y vulnerabilidad. No nos conocemos, somos completas extrañas, y sin embargo hay una familiaridad entre nosotras, como si ambas reconociésemos a alguien que ha pasado por momentos difíciles.

—Supongo que a veces es necesario llegar al límite para darnos cuenta de que necesitamos cambiar —dejo caer, pensando más en mi propia situación.

—Exacto —asiente—. A veces el universo tiene que darnos una bofetada para obligarnos a prestar atención. ¿A qué te dedicas en Boston?

—Soy editora en una revista de viajes —respondo, optando por decir la verdad —. Principalmente trabajo con escritores freelance que envían artículos desde todos los rincones del mundo.

—Suena fascinante.

—Lo es —admito—. Aunque muchas veces resulta frustrante leer sobre todos esos lugares maravillosos sin poder visitarlos en persona.

—Entonces, ¿esta tu primera gran aventura?

La pregunta es inocente, pero me golpea de un modo inesperado. ¿Es esta mi primera gran aventura? No en el sentido que ella imagina, pero quizás sí en un sentido más profundo. Es la primera vez en mucho tiempo que hago algo por mí misma, sin considerar a James o antes de él a mis amigas.

—Supongo que sí —susurro.

Por suerte, cambiamos de conversación hacia algo menos personal. Mientras habla sobre sus proveedores, sobre cómo cada mañana visita el mercado de pescadores para seleccionar personalmente lo mejor del día, me descubro admirando la forma en que sus ojos se iluminan. Son preciosos, de un color avellana con destellos dorados. Sus pestañas oscuras y muy largas. Cuando sonríe, aparecen dos hoyuelos en sus mejillas que me parecen maravillosos.

No recuerdo la última vez que me fijé tanto en los detalles físicos de alguien que acabo de conocer. Desde luego, nunca en una mujer. Quizás sea el cansancio, o el vino, o simplemente el hambre de conexión humana después de días de aislamiento emocional.

—Tu forma de cocinar es como... una conversación —comento tras varios

bocados—. Como si estuvieras contando una historia a través de los sabores.

Ingrid parece sorprendida por mi observación, y por un breve instante percibo un ligero rubor en sus mejillas.

—Así es como yo lo veo —responde con una sonrisa que me hace sentir inexplicablemente especial—. Cada plato debería contar algo sobre el lugar donde estás, sobre el momento del año o la persona que lo preparó.

—¿Y qué historia cuenta este plato?

Lo piensa un momento, inclinando ligeramente la cabeza.

—Es una historia de segundas oportunidades. De encontrar belleza en lo sencillo, de valorar lo que tienes sin buscar constantemente algo más exótico o elaborado.

Ni siquiera me atrevo a responder y ella lo nota. De nuevo, no presiona. Supongo que la tristeza en mi mirada le dice que ha tocado un punto sensible.

Pronto, la segunda botella de vino consigue que hablemos de todo y de nada: de sus aventuras aprendiendo a surfear cuando llegó a la isla, de mis autores favoritos, de las diferencias entre la vida europea y la americana, de la mejor hora para visitar el mercado local. En ningún momento menciono a James o la boda cancelada.

—¡Joder! Es casi la una de la madrugada. Siento mucho haberte entretenido —me disculpo al mirar el reloj.

—He elegido quedarme —dice con una sonrisa—. Y ha sido una noche mucho más agradable que las habituales.

Nos quedamos en silencio un momento, y me doy cuenta de que no quiero que la noche se acabe.

—Mencionaste que estarás tres semanas en la isla —expone de repente, como si hubiese estado reflexionando sobre algo—. Si quieres, podría mostrarte algunos lugares que los turistas normalmente no conocen. Las playas que los locales frecuentamos, los mejores sitios para ver el atardecer. Ya sabes, ese tipo de cosas.

La oferta me pilla por sorpresa.

—Es solo una propuesta, no quiero que pienses que estoy intentando ligar contigo ni nada de eso —se apresura a aclarar al ver que no respondo.

—¿Lo estás? —bromeo.

—Todavía no. Sería muy precipitado —susurra con un guiño de ojo que me pone muy nerviosa.

—Me encantaría que me enseñases algo de la isla —suspiro, sintiendo que me ruborizo demasiado.

# Capítulo 5

**Tessa**

El siguiente día amanece con un cielo de un azul imposible. Es tan perfecto que parece sacado de un folleto turístico. Lo extraño es que me despierto con un cosquilleo en el estómago, una anticipación que no sentía desde... ni siquiera recuerdo desde cuándo.

Desde que Ingrid prometió mostrarme los rincones de la isla que solo conocen las personas locales, me sorprendo a mí misma contando las horas para encontrarme con ella.

Tras varios intentos fallidos a la hora de elegir ropa, me decido por unos shorts beige y una camiseta azul claro que acentúa el color de mi piel. Nada demasiado elaborado, aunque tampoco quiero parecer que no me importa lo más mínimo.

El sonido de una motocicleta que se acerca me saca de mis pensamientos. Me asomo a la ventana y observo a Ingrid aparcando una Vespa vintage color turquesa frente a mi villa. Lleva puesto un pantalón de lino blanco y una blusa de tirantes que deja ver sus hombros bronceados y a mí me deja sin respiración.

—Buenos días, turista —saluda con una sonrisa en cuanto abro la puerta—. ¿Estás lista para abandonar las rutas habituales?

—Totalmente —respondo, tratando de ignorar ese cosquilleo que regresa al ver su sonrisa.

—Toma —indica, estirando el brazo para darme un casco—. Por ley debemos llevarlo puesto, aunque la mitad de la isla ignora esa regla.

La Vespa se desliza por caminos costeros y las vistas son espectaculares. Me sujeto a la cintura de Ingrid, intentando mantener una distancia apropiada, no quiero que se piense que disfruto con el contacto de su cuerpo, aunque lo haga. Aun así, cada curva pronunciada me obliga a pegarme a ella y el calor de su cuerpo despierta en mí sentimientos que no deberían estar ahí. Su piel huele a un perfume cítrico y algo indefinible, quizás albahaca o alguna hierba que utiliza en su cocina.

Nuestra primera parada es un mercado local en un pueblo de pescadores. Está tan alejado del complejo turístico que parece pertenecer a otra isla diferente. Los puestos rebosan de frutas tropicales, de pescados de colores imposibles y especias cuyo aroma satura el aire.

—Este es el corazón gastronómico de la isla —explica mientras caminamos entre los vendedores—. Aquí es donde empieza todo lo que servimos en el restaurante.

La observo moverse con la familiaridad de alguien que ha estado aquí cientos de veces. Saluda a todos por su nombre, pregunta por sus familias, cumpleaños, mascotas. No es el intercambio formal entre cliente y proveedor, sino algo mucho más profundo, una red de relaciones tejida durante muchas horas de contacto.

—¡Ingrid, mi chef favorita! —exclama una anciana en un puesto de frutas, extendiendo las manos hacia ella—. ¿Y quién es esta chica tan bonita?

—Doña Carmela, te presento a Tessa, está visitando la isla —responde antes de girarse hacia mí y dedicarme un guiño de ojo que me deja temblando—. Estas son las mejores piñas de toda la región. Si alguna vez pruebas mi postre con piña caramelizada, el secreto está en su fruta.

La anciana me estudia con detenimiento antes de seleccionar una piña pequeña y entregármela.

—Para ti. La dulzura cura todos los males del corazón —añade con una sonrisa que revela que le faltan algunos dientes.

Antes de que pueda agradecerle, Ingrid me toma de la mano y me arrastra hacia un puesto de pescado.

—Roberto, muéstrale a mi amiga tu captura de hoy —solicita con una sonrisa preciosa.

El pescador, un hombre corpulento con la piel curtida por el sol, levanta orgulloso un pescado de color rojo intenso.

—Mero rojo, atrapado esta misma mañana —anuncia—. El mejor que encontrarás en toda la zona.

Ingrid me invita a tocar el pescado. Quiere que note su firmeza, que huela su frescura. Cuando dudo, toma mi mano y la guía con delicadeza.

—Así es como sabes que está fresco —explica—. Las agallas deben ser de un rojo brillante, los ojos claros y brillantes, la piel firme al tacto.

Su mano sobre la mía provoca una sensación extraña, como una sutil corriente

eléctrica que me recorre el brazo. La retiro quizás demasiado rápido, sorprendida por mi propia reacción.

Continuamos nuestro recorrido, y con cada puesto, Ingrid me enseña algo nuevo: cómo seleccionar mangos maduros, cómo distinguir entre las diferentes variedades de chile, los secretos para identificar el calamar más fresco.

Lo que más me sorprende no es su conocimiento, sino lo concentrada que está en lo que hace, cómo disfruta con ello. No revisa mensajes en su teléfono móvil, no parece distraída o con ganas de estar en otro lugar. Está completamente aquí, saboreando cada instante como si fuese un ingrediente precioso en una receta magistral.

Sin querer, mi mente evoca imágenes de James durante las vacaciones que hemos pasado juntos. Siempre revisando correos electrónicos, atendiendo llamadas urgentes, ausente a pesar de estar físicamente presente. ¿Cuántas veces exploramos lugares hermosos solo para darme cuenta de que nunca levantó la vista de su teléfono? ¿Cuántas experiencias compartidas que realmente nunca compartimos?

—¿En qué piensas? —pregunta, interrumpiendo mis recuerdos—. De pronto te has quedado muy callada.

Solo me encojo de hombros y sonrío. No estoy preparada todavía para contarle a una extraña cómo me siento. Ella asiente con la cabeza y me devuelve la sonrisa. Parece entender. No presiona.

Tras el mercado, nos montamos de nuevo en la Vespa para dirigirnos al interior de la isla. Los caminos costeros dan paso a senderos que serpentean entre colinas de vegetación exuberante. El aire cambia, se vuelve más húmedo, perfumado con el aroma de flores silvestres.

—¡Agárrate fuerte ahora! —grita Ingrid por encima del ruido del motor mientras tomamos una curva particularmente pronunciada.

Instintivamente, estrecho mis brazos alrededor de su cintura, pegando mis pechos a su espalda. Por un instante, me permito disfrutar de esta proximidad, de la calidez de otro ser humano, algo que había olvidado cuánto necesitaba.

El viñedo aparece de repente, como una revelación entre la vegetación tropical. Filas ordenadas de vides se extienden por una suave colina, con una casa colonial de piedra presidiendo el paisaje.

—¿Un viñedo? ¿Aquí? —pregunto sorprendida mientras Ingrid estaciona la Vespa.

—Es el proyecto de Eduard el loco, como le llaman en la zona, un enólogo que se enamoró de la isla hace veinte años —explica—. Todo el mundo le dijo que era imposible cultivar uvas aquí, que el clima era demasiado húmedo. Ahora produce uno de los vinos más interesantes que he probado.

Eduard resulta ser un hombre de unos sesenta años con una melena canosa recogida en una coleta y una risa contagiosa. Nos guía por las instalaciones, explicando con pasión cómo adaptó las técnicas tradicionales a las condiciones tropicales.

—El secreto está en abrazar lo imposible —explica mientras nos conduce a una pequeña terraza para que podamos probar sus vinos—. No luchar contra el clima, sino trabajar con él, como tu aliado.

Pruebo un vino blanco con notas de frutas tropicales, muy diferente a cualquier otro que haya bebido antes. Sonrío sin querer. Hay algo liberador en este lugar, en estas personas que han creado sus propias reglas y han encontrado belleza y propósito en lo inesperado.

—¿Sabes lo que más me gusta de tu vino, Eduard? —comenta Ingrid—. Que no intenta ser francés o español, o italiano. Es completamente único, como la isla misma.

El hombre asiente, visiblemente complacido por el comentario.

—Como tu cocina. Has aprendido bien —bromea.

Tras el viñedo, nos detenemos en una cala escondida a la que tan solo se puede acceder a través de un estrecho sendero entre las rocas. La pequeña playa, enmarcada por formaciones rocosas que parecen esculpidas por algún artista, está completamente desierta.

—Este es mi lugar secreto —confiesa con un susurro mientras extendemos una manta sobre la arena—. Vengo aquí cuando necesito pensar, o simplemente escapar del calor de la cocina.

Sacamos la comida que compramos en el mercado: fruta fresca, pan artesanal, queso local y una botella del vino del viñedo que acabamos de visitar. Un picnic improvisado que sabe mejor que cualquier comida elaborada que recuerde.

—¿Cómo encontraste este lugar? —pregunto, mordisqueando un trozo de mango tan dulce que el jugo resbala por mi barbilla.

Ingrid me acerca una servilleta, aunque la forma en que sus ojos se detienen en mis labios durante más tiempo del necesario me pone nerviosa.

—Me perdí durante una tormenta, literalmente. Estaba explorando la costa en kayak, el cielo se oscureció de repente. Terminé remando desesperadamente hasta aquí

para resguardarme. —Hace una pausa, mirando hacia el horizonte—. Pasé la noche en esa cueva de ahí, escuchando el rugido del mar, convencida de que iba a morir. A la mañana siguiente, cuando la tormenta pasó, vi este lugar bañado por la luz del amanecer y pensé que era lo más hermoso que había visto en mi vida.

Hay algo en su manera de contar historias que me cautiva. Quizás la honestidad con la que habla de sus miedos, o cómo encuentra belleza incluso en las situaciones más adversas.

—Supongo que a veces necesitamos perdernos para encontrar algo verdaderamente especial —comento, sorprendida por mis propias palabras.

—¿Es eso lo que estás haciendo aquí, Tessa? ¿Perderte para encontrarte?

Bajo la mirada. Una parte de mí quiere contarle todo: la traición de James, la boda cancelada, cómo estoy intentando reconstruir los fragmentos de mi vida en esta isla que debería estar recorriendo con el que iba a ser mi marido.

Pero no puedo. No aún. La vergüenza es todavía demasiado reciente, la herida demasiado fresca.

—Es posible —respondo al fin—. ¿No es eso lo que hacemos todos en algún momento?

Ingrid asiente. Me dedica una sonrisa preciosa, aceptando mi evasiva sin presionar más. Su respeto por mis barreras, tan diferente de la insistencia de James cada vez que intentaba mantener algo de privacidad, me conmueve de una manera que no esperaba.

Pasamos el resto de la tarde nadando en aguas cristalinas y explorando las formaciones rocosas. Ingrid me muestra pequeños cangrejos escondidos en las grietas, me cuenta leyendas locales sobre sirenas que habitan en las cuevas submarinas, me enseña a flotar boca arriba para contemplar el azul del cielo.

Junto a ella, es como si el tiempo se estirase. Cada minuto se expande para contener más vida de la que parecía posible. Para cuando regresamos a la Vespa, con la piel aún mojada y el cabello revuelto por el viento, siento como si hubiera pasado semanas en su compañía, no horas.

—Tengo una propuesta para ti —anuncia de pronto—. ¿Te gustaría cenar en mi casa esta noche? Nada elaborado, solo cocinaré algo rápido.

La invitación me pilla por sorpresa. No es la propuesta profesional de una chef ofreciendo sus servicios. Es algo mucho más personal, más íntimo.

—Me encantaría —suspiro y creo que se me ha notado demasiado lo nerviosa que estoy.

Y es que la sonrisa que me dedica consigue que ese cosquilleo en mi estómago regrese con una intensidad renovada.

# Capítulo 6

**Ingrid**

Tessa tiene secretos. Lo noto en el modo en que su mirada se pierde en el horizonte, como si buscara respuestas en ese punto donde el mar se funde con el cielo. Lo percibo en sus largos silencios, en cómo esquiva ciertas preguntas con una habilidad que sugiere práctica.

No me molesta. Todos cargamos con nuestras propias historias, algunas demasiado pesadas como para compartirlas de inmediato. Sé algo sobre ese tipo de cosas.

Lo que me intriga es la dualidad que hay en ella: la mujer que se muerde el labio con nerviosismo cuando cree que no la observo, y la que ríe segundos más tarde cuando Eduard cuenta una de sus exageradas historias sobre las tormentas tropicales.

Mientras conduzco la Vespa de regreso por la carretera de la costa, siento sus brazos alrededor de mi cintura. Al principio estaban tensos, manteniendo una distancia cuidadosamente calculada. Ahora se aferra a mi cintura con más confianza, su cuerpo se amolda al mío en las curvas sin esa rigidez inicial.

No debería estar pendiente de estos detalles. No debería notar cómo su piel huele a sal y a ese protector solar con aroma a coco que usan todos los turistas. No debería preguntarme qué historia oculta tras esos ojos que a veces reflejan una tristeza infinita.

Tampoco debería concentrarme en cada roce de sus pechos en mi espalda mientras conduzco la moto.

Esta isla, mi refugio tras el desastre en Barcelona, parece de pronto nueva a través de su mirada. Lugares que he visto cientos de veces adquieren una dimensión diferente cuando los observo junto a ella. Eduard y su viñedo imposible, Doña Carmela y sus piñas milagrosas, Roberto presumiendo de su pesca del día... Todos ellos son parte de mi rutina diaria, pero hoy, al presentárselos a Tessa, recordé por qué me enamoré de este lugar y de su gente.

Aparco la moto frente a mi casa, una pequeña estructura de piedra en la ladera de una colina con vistas al mar. No es nada extraordinario, pero es mía, pagada con los

ahorros que logré rescatar después de mi abrupta salida de Barcelona.

—¿Vives aquí? —pregunta con sorpresa mientras se baja de la Vespa—. Es preciosa.

—Mi pequeño rincón. No es gran cosa comparada con alguna de las mansiones frente a la playa principal, pero...

—Es perfecta —me interrumpe.

El interior de mi casa es sencillo pero acogedor. Mantiene el tono general de la isla: paredes blancas, suelos de terracota, muebles de madera natural que he ido restaurando en mis días libres. Lo que destaca es la cocina: un espacio abierto con una isla central, ollas de cobre colgando del techo, hierbas frescas creciendo en macetas junto a la ventana, y una colección de cuchillos profesionales ordenados meticulosamente sobre un soporte magnético.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta mientras voy colocando algunos ingredientes sobre la encimera.

La miro sorprendida. A Claudia nunca le gustaba cocinar juntas. Era como si cruzar el umbral de nuestros dominios culinarios fuese una invasión imperdonable de la privacidad.

—¿Quieres encargarte de la ensalada mientras preparo el pescado? —propongo.

Trabajamos en un silencio cómodo, interrumpido ocasionalmente por instrucciones sobre cómo cortar cierta hierba o dónde encontrar el aceite de oliva. Tessa es metódica y cuidadosa, sigue cualquier consejo al pie de la letra.

—¿Sueles cocinar? —inquiero mientras limpio el mero.

—Solía hacerlo —responde y su voz parece teñirse de un tono melancólico que me hace observarla con más atención—. Luego la vida se volvió... complicada. Demasiadas cenas de trabajo, demasiados eventos, demasiado todo.

Hay una historia ahí, algo relacionado con su trabajo, o quizás con alguien de su trabajo. Prefiero no presionar. En lugar de eso, le enseño cómo preparar la salsa de hierbas para el pescado, guiando sus manos entre las mías cuando duda sobre la cantidad correcta de cilantro o el momento exacto para añadir el jugo de lima.

Con cada roce de nuestras manos, siento una tensión sutil, como la electricidad estática antes de una tormenta. Intento ignorarla, concentrarme en la preparación del plato, pero es simplemente imposible.

—Mi sous chef siempre dice que la cocina es el mejor lugar para conocer

realmente a alguien —dejo caer mientras abro una botella de vino blanco—. Cómo manejas un cuchillo, cómo reaccionas cuando algo sale mal, si sigues o no las recetas al pie de la letra... todo eso revela más sobre tu personalidad que horas de conversación.

—¿Y qué revela mi forma de cocinar? —pregunta con una sonrisa tímida, aceptando la copa que le ofrezco.

La observo por un instante: la precisión con la que ha cortado cada ingrediente, la manera en que ha limpiado su área de trabajo después de cada paso, cómo ha seguido mis instrucciones pero añadiendo diminutos toques propios.

—Que eres meticulosa pero no rígida —respondo con un guiño de ojo—. Que prestas atención a los detalles sin obsesionarte con la perfección. Que respetas las tradiciones pero no tienes miedo de experimentar un poco.

Sus mejillas adquieren un tono rosado que me vuelve loca. Desvía la mirada hacia la ensalada, como si de repente los tomates necesitasen toda su atención.

—¿Y tú? —pregunta sin levantar la vista—. ¿Qué revela tu forma de cocinar?

Es una pregunta que parece inocente, pero de alguna manera toca algo profundo. ¿Qué revela mi cocina sobre mí? ¿Los años de disciplina férrea en restaurantes de lujo? ¿La búsqueda constante de equilibrio que nunca logré en Barcelona? ¿Mi necesidad de control que tanto irritaba a Claudia?

—Que soy una contradicción —suspiro, encogiéndome de hombros—. Disciplinada pero rebelde. Tradicional aunque innovadora. Segura en mi técnica mientras dudo de mis decisiones.

Las palabras salen de mi boca con más vulnerabilidad de la que pretendía. Por un instante me siento expuesta, como si acabase de abrir una puerta que generalmente mantengo cerrada.

Tessa levanta la mirada, y hay algo en sus ojos que hace que el tiempo se estire entre nosotras.

—Por las contradicciones —dice, levantando su copa en un pequeño brindis.

—Por las contradicciones —repito, chocando mi copa con la suya.

Cenamos en la terraza, bajo un cielo que se va poco a poco llenando de estrellas. La conversación fluye con la misma naturalidad que ha caracterizado todo el día, saltando de temas ligeros como películas favoritas a reflexiones más profundas sobre qué significa realmente encontrar el lugar al que uno pertenece.

—¿No echas de menos Barcelona? —pregunta mientras recogemos los platos—.

La energía de la ciudad, el prestigio de trabajar en un restaurante con estrella Michelin... Ese tipo de cosas.

—A veces —admito—. Echo de menos ciertos aspectos: la adrenalina de un servicio perfecto, el reconocimiento, incluso la presión en cierto modo. Pero no echo de menos en lo que me estaba convirtiendo allí.

—¿Y en qué te estabas convirtiendo?

—En una persona que valoraba más una reseña en una guía gastronómica que su propia salud mental. Alguien dispuesta a sacrificar relaciones personales, bienestar… todo, por la búsqueda implacable de la perfección.

Tessa asiente lentamente con la cabeza, pensativa, y tengo la sensación de que comprende perfectamente ese impulso, esa presión por mantener una fachada impecable a costa de la felicidad real.

—¿Y tú? ¿Qué te trajo realmente a esta isla, Tessa?

La pregunta se queda flotando entre nosotras, delicada aunque inevitable.

Por un breve instante, estoy segura de que no va a responder, de que cambiará de tema o inventará alguna respuesta genérica sobre necesitar unas vacaciones.

—Estaba... —comienza, y puedo ver cómo lucha contra un dolor enorme—. Estaba buscando un lugar en el que pudiese recordar quién soy cuando nadie está mirando.

No es una confesión completa, no me lo ha dicho todo, estoy segura de ello. Aun así, hay una honestidad en esa respuesta que aprecio.

—Pues has elegido bien. Esta isla tiene una forma de desnudar todas las capas artificiales que acumulamos. A veces de manera brutal, quizá dolorosa en algunos momentos, pero siempre necesaria.

Lavamos los platos juntas, hombro con hombro, en un silencio cómodo. Cuando terminamos, no quiero que la noche se acabe.

—¿Te apetece un postre? —sugiero—. Tengo sorbete de maracuyá en el congelador.

Su sonrisa es toda la respuesta que necesito.

Mientras sirvo el sorbete en pequeños cuencos de cerámica, me pregunto qué estoy haciendo exactamente. No suelo invitar a turistas a mi casa. No suelo sentir esta conexión inmediata, esta facilidad para compartir tanto mi espacio como mis pensamientos.

Hay algo en Tessa que despierta mi curiosidad de una manera que no había experimentado en mucho tiempo. No es solo su belleza, sino la sensación de que detrás de esa fachada de mujer triste y solitaria hay una historia que quiero conocer, una complejidad que resuena con la mía.

Y mientras observo cómo cierra los ojos al probar el sorbete, cómo una pequeña sonrisa de placer se dibuja en sus labios, me pregunto si ella siente esa misma conexión. Quizá solo estoy proyectando mi propia soledad en alguien que simplemente buscaba una guía turística para un día diferente.

Pero cuando abre los ojos y me mira, veo algo allí. Algo que me hace pensar que quizás no estoy imaginando cosas. Que quizás, de alguna manera inexplicable, ambas estábamos esperando encontrarnos, incluso sin saberlo.

—Gracias por hoy —suspira—. Por mostrarme una parte de la isla que no aparece en ninguna guía turística.

—Podemos hacerlo de nuevo, si quieres. Aún quedan muchos rincones por descubrir —me apresuro a proponer y yo misma me sorprendo por mis palabras.

Me dedica una sonrisa preciosa, como si en el fondo de su corazón hubiese estado esperando esa invitación.

—Me encantaría —suspira, consiguiendo que mis piernas tiemblen.

# Capítulo 7

**Tessa**

Al día siguiente, el sol se derrama sobre la playa como si fuese un chorro de oro líquido. Caminamos descalzas y la arena aún conserva el calor del día. Cada paso que damos deja una huella que desaparece en cuento la siguiente ola barre la orilla.

—¿Cómo es posible que una playa tan perfecta esté completamente vacía? —inquiero, extendiendo mis brazos hacia el horizonte que parece infinito.

Ingrid sonríe, y ese pequeño gesto consigue que mi estómago dé un vuelco inexplicable.

—Es principalmente por la hora —explica, encogiéndose de hombros—. Los turistas están cenando en sus hoteles, y los locales ya están en casa con sus familias. Este momento, justo al atardecer, es como un secreto que la isla guarda para quienes saben buscarlo.

Me detengo para contemplar cómo la luz ilumina su piel. Esas pestañas tan largas, la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda. Cada detalle de esta mujer me parece fascinante. Incluso sus pies parecen perfectos.

—¿Qué?

—Nada —miento, desviando de inmediato la mirada hacia el mar—. Solo pensaba en lo diferente que es todo esto de lo que tenía planeado.

—¿Y qué tenías planeado exactamente?

De pronto, el nudo que llevo en la garganta desde hace días parece hacerse más grande, pero debo acabar con esta situación.

—Había planeado estar aquí con otra persona —confieso mientras dejo escapar un largo suspiro de rendición.

Ingrid guarda silencio, respeta ese espacio que existe entre la verdad parcial y la confesión completa. Sus dedos juegan con un mechón de pelo rebelde que la brisa marina insiste en colocar sobre su rostro.

—La reserva inicial era para dos —continúo, cerrando los ojos en un gesto de dolor—. Para mi luna de miel, de hecho.

—Guau —musita—. Eso explica por qué el personal del hotel me mira de forma extraña cuando me ven contigo.

No puedo evitar soltar una carcajada, agradecida por su capacidad para aligerar un momento tan complicado para mí.

—Probablemente pensarán que soy la peor novia a la fuga de la historia —bromeo—. Abandonar al novio y escaparme con la chef de un restaurante local en menos de una semana.

Ella también se ríe y de algún modo, el sonido de su risa es cálido, reconfortante.

—¿Quieres hablar sobre ello?

Lo pregunta sin ninguna presión, como dejando la puerta abierta.

Respiro hondo y lleno mis pulmones con la brisa marina. Es el momento que he estado evitando, como si poner en palabras lo sucedido lo hiciese más real o más doloroso. Pero aquí, en esta playa desierta, con el sol pintando el cielo de naranja y rosa, de repente parece lo correcto.

—Lo descubrí una semana antes de la boda —suspiro y me sorprendo de que las palabras salen más fáciles de lo que esperaba—. Me estaba engañando. No solo con una mujer, sino con varias. Durante años.

—Qué hijo de puta —murmura Ingrid y su indignación me hace sonreír a pesar del dolor.

—Eso mismo dije yo —confieso—. Una de esas mujeres, una compañera de trabajo, me avisó. Me mostró todos los mensajes, las fotos, las pruebas. Al parecer, él le había dicho que nuestra relación estaba acabada, que prácticamente habíamos roto. Ella también fue una víctima.

—Bueno, más o menos, porque sabía que todavía estabais juntos por lo que acabas de decir. Así que víctima… no del todo.

—Sí, eso es verdad —reconozco, encogiéndome de hombros sin saber por qué.

Caminamos junto a la orilla mientras le cuento todos los detalles: mi confrontación con James, la boda cancelada, las llamadas a los invitados, la indignación de mi madre que estaba más preocupada por el qué dirán que por mi corazón roto.

—Lo peor de todo esto —continúo—, era que una parte de mí se preguntaba si

había sido por mi culpa. Si yo no era suficiente para él, si había fallado en algo...

—No —me interrumpe, deteniéndose para mirarme directamente a los ojos—. Eso es lo que hacen los tramposos. Te hacen dudar de ti misma cuando el problema siempre fue suyo desde el principio.

—¿Hablas por experiencia? —pregunto y de inmediato me arrepiento de haberlo hecho.

Se encoge de hombros, volviéndose hacia el mar.

—Mi ex, Claudia —admite—. La chef principal en Barcelona. Estábamos juntas profesional y personalmente. Cuando comencé a tener ataques de ansiedad, a cuestionar si esa vida era lo que quería, empezó a flirtear con una de las sumilleres.

—Qué zorra —gruño.

Ingrid suelta una carcajada.

Nos detenemos junto a unas rocas y nos sentamos a observar cómo el sol comienza su descenso final hacia el horizonte. Nuestros hombros se rozan y soy demasiado consciente de cada centímetro de su piel que siento sobre la mía.

—¿Sabes qué es lo más extraño? Desde que te conocí, no he llorado ni una sola vez por él. Estoy enfadada, sí. Herida. Pero no le echo de menos ni siquiera un poco.

—Quizás nunca le quisiste realmente a él —sugiere Ingrid—. Sino a la idea de lo que creías que teníais.

—Es posible —confieso—. Llevaba tanto tiempo planificando esa vida que no me había preguntado si realmente la quería. Gracias —susurro sin apartar la mirada del horizonte.

—¿Por qué?

—Por no mirarme con lástima —respondo sin dudar—. Por no decirme que todo pasa por alguna razón o alguna de esas frases hechas que todo el mundo usa cuando no saben qué decir.

—Odio esas frases —admite entornando los ojos—. Son lo peor.

—Exacto. Como mi madre, que estaba más preocupada por qué dirían sus amigas que por cómo me sentía yo.

—Las madres tienen ese talento especial —bromea—. La mía todavía me pregunta cuándo voy a sentar cabeza con un buen hombre. Y hace más de diez años que sabe que soy lesbiana.

Río con fuerza ante su forma teatral de alzar los brazos al cielo cuando lo dice.

—Al menos tienes claro lo que quieres —suspiro—. Yo ni siquiera sé quién soy fuera de la relación con James. Cuatro años planeando un futuro que ahora no existe. Toda mi vida se ha ido a la mierda.

—Entonces aprovecha estas semanas para descubrirlo.

Sin pensarlo, extiendo la mano para apartar un mechón de pelo que el viento ha pegado a su rostro. Mis dedos rozan su mejilla y el contacto envía una corriente eléctrica por mi cuerpo. Su piel es suave, sorprendentemente cálida a pesar de la brisa marina.

Ninguna de las dos se mueve. Su respiración se entrecorta ligeramente y observo cómo su mirada baja hasta mis labios antes de regresar a mis ojos.

—Tessa... —susurra.

Mi nombre en sus labios suena como una invitación.

Me inclino hacia ella, siguiendo un impulso que no comprendo. Siento su aliento en mi piel y por un instante, todo desaparece: la playa, el mar, el cielo, incluso la razón por la que estoy en esta isla. Solo existe este momento, esta mujer, y la inexplicable atracción que me empuja hacia su boca.

El sonido de risas y conversaciones rompe el hechizo. Un grupo de turistas, probablemente del mismo hotel en el que me hospedo, aparece en la playa cargados con botellas de cerveza y toallas.

Ingrid deja escapar un largo suspiro.

El momento se ha roto y una parte de mí lo lamenta profundamente. Otra parte de mí no sabe bien qué pensar.

—Deberíamos volver —sugiero, poniéndome en pie y sacudiendo la arena de mis shorts con la palma de las manos—. Empieza a refrescar.

Es una mierda de excusa y ambas lo sabemos, pero Ingrid asiente. Respeta mi repentina necesidad de espacio o quizá mis dudas.

Mientras caminamos de regreso al lugar donde dejamos la Vespa, mantenemos una distancia que no existía antes, como si ambas tuviésemos miedo de lo que pasaría si nos acercamos demasiado.

# Capítulo 8

**Ingrid**

Cuando regreso de dejar a Tessa en su hotel, el único sonido en mi casa es el tic-tac del reloj de la cocina. Me sirvo una copa de vino tinto y salgo a la terraza. El aire fresco de la noche y el murmullo del mar a lo lejos siempre me han ayudado a aclarar la mente.

Las estrellas brillan con una intensidad especial, como si intentasen compensar la ausencia de luz artificial en esta parte de la isla. A veces, en noches como esta, cuando el cielo está completamente despejado, tengo la sensación de que podría extender la mano y tocarlas.

¿Qué demonios estoy haciendo?

La pregunta resuena en mi cabeza cuando me sirvo la tercera copa de vino. Revivo en bucle el momento en la playa, cuando el espacio entre nosotras se redujo a casi nada. En ese instante, podría jurar que en sus ojos había el mismo deseo que en los míos.

Y luego, ese instante de pánico cuando aparecieron los turistas. La forma en que se separó de mí como si hubiésemos hecho algo prohibido.

—Solamente está pasando por un mal momento —me digo a mí misma—. Acaba de salir de una relación traumática.

Apoyo los brazos en la barandilla de madera, dejando que mi mirada se pierda en la oscuridad del océano. Suspiro, y no puedo evitar preguntarme qué estará haciendo Tessa ahora mismo. ¿También estará despierta? ¿Recordará nuestro momento en la playa o lo habrá descartado como un simple malentendido?

Pero los recuerdos se niegan a abandonarme. La tristeza en sus ojos cuando me contó la ruptura una semana antes de su boda, el caos al que tuvo que enfrentarse ella sola. Quiero protegerla, aunque yo misma sé que es absurdo.

Quiero más que eso, y ahí está el problema.

Quiero sentir de nuevo el roce de sus dedos en mi mejilla.

Quiero saber si sus labios son tan suaves como parecen.

Quiero explorar esa tensión que crece entre nosotras cada vez que nos miramos.

—Estás siendo ridícula —bufo, apurando el resto de la botella de vino—. Vive en Boston. Ha estado con el mismo hombre durante cuatro años, y podría ser completamente hetero. Se marchará dentro de unos días y no la volverás a ver. Será tan solo un recuerdo… Un bonito recuerdo.

Y aun así, hay algo en la forma en que me mira. En cómo sus ojos siguen mis movimientos cuando cree que no me doy cuenta. En esa manera de morderse el labio inferior cuando digo algo que la hace reír. Pequeños detalles que alimentan una esperanza que no debería tener.

El teléfono vibra en mi bolsillo trasero y mi corazón da un vuelco al ver su nombre en la pantalla.

*Tessa: gracias por hoy. Por escucharme, por entender, por no juzgar. Significa mucho para mí.*

Me quedo mirando a la pantalla como una boba, pensando en qué responder. Quiero ser honesta, pero no que se piense que voy tras ella. Cercana, pero no invasiva.

*Yo: gracias a ti por confiar. Las mejores conversaciones siempre ocurren con la puesta de sol como telón de fondo.*

Dudo antes de enviar. Mi dedo pulgar se queda suspendido sobre la pantalla. Al final, decido añadir algo más:

*Yo: felices sueños, Boston.*

Su respuesta llega casi de inmediato.

*Tessa: me gusta cuando me llamas Boston. ¿Te veo mañana?*

Esa última frase me deja temblando. Palabras simples que provocan en mí una sonrisa ridículamente idiota y consiguen que mi corazón se acelere.

*Yo: me encantaría. Tengo el día libre. ¿Te apetece una excursión a las cascadas del interior?*

*Tessa: Suena perfecto.*

Permanezco mirando la pantalla unos segundos más, esperando que añada algo, pero no lo hace. Es suficiente. Es más que suficiente por ahora.

Poco más tarde, acostada en mi cama, con el sonido rítmico de las olas como nana, recuerdo el roce de sus dedos en mi mejilla. Pienso en la intensidad de su mirada cuando nuestros rostros estaban tan cerca, en el sutil cambio en su respiración. Mi mano

derecha se desliza por debajo de los pantalones de mi pijama y la humedad con la que me encuentro me dice que será difícil parar.

# Capítulo 9

**Tessa**

—Lo siento, Boston —escucho a través del teléfono al día siguiente—. La tormenta tropical se ha adelantado.

El cielo, que ayer reflejaba un color azul intenso, hoy amanece gris oscuro. Unas enormes nubes negras se arremolinan sobre la costa como si fuesen un mal presagio. Alrededor de la piscina del hotel, el viento sacude las palmeras con una violencia que me sobresalta. Aun así, la llamada de Ingrid para cancelar nuestra excursión me produce una punzada de decepción tan intensa que me sorprende. Hace unos pocos días era una completa desconocida y hoy la idea de no verla me resulta dolorosa.

—¿Es grave? —inquiero, observando desde mi ventana cómo las primeras gotas de lluvia comienzan a bombardear los cristales.

—Nada que los locales no hayamos visto antes, pero suficiente para mantener a los turistas dentro. De todos modos, sería una tontería ir en moto con lluvia. ¿Ya has escuchado las alertas en tu hotel?

Como si fuese una señal, la alarma de mi teléfono móvil se activa con un mensaje de emergencia. El hotel advierte a todos los huéspedes que permanezcan en sus habitaciones durante las próximas horas y no se aventuren a salir ya que el viento podría derribar algunos árboles.

—Me acaban de llegar —confirmo con un suspiro—. Supongo que me toca un día de películas malas y minibar.

Se hace un breve silencio y casi imaginarla al otro lado, tal vez mordiéndose el labio inferior como hace cuando está pensando.

—O...también —propone, alargando la pausa—. Podrías venir al restaurante. Está cerrado hoy, pero ya sabes que vivo justo encima. Tengo buena comida, vino, y prometo ser mejor compañía que las películas del hotel.

Mi corazón se acelera de un modo ridículo. Recuerdo nuestro casi beso en la

playa, esa tensión que va creciendo entre nosotras.

—Me encantaría —respondo sin pensar.

Escucho una risita a través del teléfono y me pregunto si quizá he respondido demasiado rápido.

Me apresuro a llamar un taxi antes de que la tormenta empeore. Cuando me deja frente al restaurante de Ingrid, el local está a oscuras aunque ella me está esperando.

—¡Corre! Está lloviendo a mares —grita por encima del estruendo del viento.

Atravieso los pocos metros que nos separan, empapándome en el proceso. Por un momento, quedamos muy cerca en la entrada. Puedo sentir el calor de su cuerpo, ver las gotas de lluvia que brillan como diminutos diamantes en su pelo oscuro.

—Has llegado justo a tiempo. Está a punto de desatarse el infierno ahí fuera.

Subimos por una escalera estrecha hasta una puerta que da acceso a su apartamento. Aunque ya había estado en él, parece distinto bajo la luz de un día de lluvia. Es acogedor y sorprendentemente espacioso, con grandes ventanales que ofrecen una vista panorámica del mar embravecido.

—No sé si te lo había dicho la primera vez que vine, pero me encanta tu casa —murmuro, recorriendo el lugar con la mirada—. Es tan... tú.

Ingrid sonríe y se mueve con pequeños pasos hacia un pequeño mueble bar en una esquina.

—¿Qué te parece si empezamos con algo para entrar en calor? —sugiere, sacando unas botellas y dos vasos—. Con este clima, lo que necesitamos es un buen cóctel.

—Confieso que nunca he sido muy buena mezclando bebidas —admito, acercándome con curiosidad—. Mi especialidad es abrir botellas de vino y... bueno, eso es todo.

—Entonces hoy aprenderás algo nuevo —anuncia con un guiño de ojo que me provoca un cosquilleo en la parte baja del estómago—. Ven, te enseñaré el secreto de mi margarita de maracuyá. Es el cóctel perfecto para una tormenta tropical.

Me coloco a su lado, quizás demasiado cerca, mientras ella comienza a reunir ingredientes: tequila, licor de naranja, limones frescos y la pulpa de una fruta de la pasión.

—El secreto está en el equilibrio —explica, cortando un limón con la precisión de alguien que maneja cuchillos de manera habitual—. Es igual que en la cocina, o en la vida. Demasiado ácido y arruinas la experiencia. Demasiado dulce y pierdes la

complejidad.

—¿Y cuál es tu equilibrio ahora mismo? —inquiero, sorprendiéndome a mí misma con lo personal de la pregunta—. En la vida, quiero decir.

Levanta la mirada y sus ojos encuentran los míos, quizá valorando la respuesta.

—Si te soy sincera, todavía lo estoy descubriendo —responde con una sonrisa enigmática—. Pero creo que últimamente me estoy inclinando mucho más hacia lo dulce.

Un trueno prácticamente sacude el edificio, consiguiendo que ambas demos un respingo. La tormenta arrecia afuera, y convierte el día en una especie de crepúsculo prematuro. Ingrid enciende algunas lámparas, lo que crea un ambiente íntimo y acogedor que contrasta con lo que ocurre fuera.

—Tu turno —anuncia, colocando la coctelera frente a mí—. Muéstrame lo que has aprendido.

Me acerco, tratando de recordar cada paso. Añado el tequila, quizás demasiado generosamente, el licor de naranja, el jugo de limón. Cuando llega el momento de la pulpa, mis dedos se encuentran con los suyos al intentar coger el mismo cuchillo.

—Lo siento —suspiro, pero no retiro mi mano. Ni ella la suya.

Por un instante, el tiempo parece detenerse y soy demasiado consciente del punto en que nuestras pieles se tocan.

—No lo sientas —susurra.

Dejo escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo. Su mirada se detiene en mis labios y siento que me fallan las rodillas. Es una sensación que nunca había experimentado con tanta intensidad, un deseo que me resulta nuevo. O quizá siempre ha estado ahí, esperando a ser descubierto.

—Ingrid...

Ni siquiera sé lo que quiero decir. Quizás no necesito decir nada en absoluto.

**Ingrid**

Dicen que hay momentos en la vida que lo cambian todo, instantes que dividen tu existencia en un antes y un después. Mientras observo a Tessa frente a mí, con los dedos entrelazados con los míos sobre el mango del cuchillo, sé que estoy en uno de esos momentos.

—¿Sabes? —murmuro, sin soltar el cuchillo, mis ojos fijos en sus boca—. Hay otra cosa que aprendí en la cocina. A veces, debes arriesgarte. Probar algo nuevo. Saltar sin

red.

—¿Y si sale mal? —pregunta en un susurro, pero no retrocede. Su mirada sigue fija en la mía, desafiante y vulnerable a la vez.

—Entonces aprendes de ello —respondo—. Y lo intentas de nuevo, quizá de otra manera.

Un relámpago ilumina la estancia, seguido casi inmediatamente por un trueno ensordecedor. Las luces parpadean, amenazan con dejarnos a oscuras.

—Tessa... —respiro hondo y bajo el tono de voz—. Voy a besarte. A menos que me digas que no lo haga.

Ella cierra los ojos brevemente, como tomando una decisión. Cuando los abre de nuevo, hay en ellos una determinación que no había visto antes.

—Adelante —dice simplemente. Y es todo lo que necesito escuchar.

Suelto el cuchillo y llevo mis manos a sus mejillas, acunando su rostro como si fuese algo infinitamente precioso. El primer contacto es tan suave que podría pensar que no ha ocurrido, de no ser por el escalofrío que recorre mi columna. Suspira contra mi boca, y ese pequeño sonido quiebra las últimas barreras de mi autocontrol.

El segundo beso es muy diferente: profundo, hambriento, cargado de toda la tensión que hemos acumulado durante estos días. Coloca las manos en mi cintura para atraerme más cerca mientras yo enredo los dedos en su pelo, gimiendo contra sus labios cuando nuestras lenguas se encuentran.

Sabe a limón y a tequila, a libertad. Muerdo su labio inferior, su mandíbula, su cuello. Cada centímetro de piel es un nuevo territorio que deseo explorar.

—No tenía ni idea de... —susurra a mi oído, enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo—. No sabía que podía sentirme así.

—¿Así cómo? —pregunto entre jadeos, apoyando mi frente sobre la suya.

—Así de viva —suspira.

Me derrito con esas palabras. Literalmente. Tras mi desastrosa salida de Barcelona, los últimos años me he mantenido a flote, sobreviviendo pero sin encontrar nada parecido al amor. Cómoda en la seguridad de una vida sin grandes riesgos emocionales. Y ahora esta mujer a la que apenas conozco, con su corazón roto, me mira como si yo fuese algo extraordinario.

—Tessa, no tienes que... —comienzo, queriendo asegurarle que puede parar en

cualquier momento.

Pero ella me silencia con otro beso, más decidido esta vez.

—Quiero esto, Ingrid. Te quiero a ti. Ahora.

Las luces parpadean de nuevo y esta vez se apagan por completo. No me importa, solo quiero sentir sus manos explorando mi espalda, su respiración cálida contra mi piel, el latido de su corazón que parece sincronizarse con el mío.

—Ven conmigo —susurro, entrelazando nuestros dedos para guiarla a través del apartamento a oscuras.

En mi dormitorio, la cama está aún sin hacer. No esperaba visitas y reconozco que soy un desastre. No esperaba esto. Pero de algún modo, está bien: real, imperfecto, yo misma.

—Siento el desorden —me disculpo.

—Créeme, el estado de tu cama es lo último que me preocupa ahora mismo.

Sostiene el borde de mi camiseta y tira de ella hacia arriba. Levanto los brazos y cuando cae al suelo, muerde el labio inferior al ver que no llevo sujetador. El aire fresco que se cuela por la ventana acaricia mi piel expuesta.

Por un instante, simplemente me mira. Recorren mi cuerpo con una intensidad que me hace sentir más desnuda de lo que realmente estoy. Luego, con lentitud, comienza a desabrocharse la blusa.

—Nunca he estado con una mujer —confiesa mientras se encarga de los últimos botones—. Pero he pensado en ti... así... desde la primera noche en el restaurante.

—Yo también he pensado en ti… sin ropa… justo en esa cama, las dos haciendo el amor —suspiro mientras me quito los pantalones y la ropa interior.

—Estoy nerviosa —confiesa, inclinándose para besar mi hombro.

—Iremos todo lo despacio que tú quieras.

Pero no hay nada de lento en la forma en que Tessa me empuja hacia la cama, en cómo sus manos recorren todo mi cuerpo con una curiosidad insaciable. Encuentra con facilidad todos los lugares que me hacen gemir.

Los relámpagos iluminan esporádicamente la habitación, ofreciendo visiones fugaces de nuestra piel desnuda, de su cabello desparramado sobre la almohada, de su expresión de placer puro cuando lamo su sexo. La tormenta es una banda sonora perfecta: salvaje, imprevisible, poderosa.

Con cada caricia, cada beso, cada suspiro, descubre un nuevo lenguaje y abraza la experiencia con la determinación de alguien que acaba de descubrir algo que sospechaba desde hace tiempo.

Cuando siente mis dedos en su interior, arquea la espalda y suspira. Cierra los ojos, se abandona a las sensaciones y los gemidos que se escapan de su boca me parecen lo más perfecto que he escuchado jamás.

—Joder —grita poco más tarde—. Nunca lo había tenido tan rápido.

—¿Te gustó?

—¿Necesito responder? —bromea mientras trata de recuperar la respiración.

Solamente sonrío. Se acomoda a mi lado, apoya la cabeza en la cuerva de mi cuello y me besa. Poco a poco, se va quedando dormida, relajada. Y mientras escucho su respiración y siento el calor de su cuerpo contra el mío, no sé dónde nos llevará esto. Solo sé que lo viviré al máximo, que atesoraré cada recuerdo, y aceptaré el dolor que sé que vendrá cuando regrese a Boston.

# Capítulo 10

**Tessa**

Me despierto desorientada. Mi mente dividida entre un recuerdo maravilloso y un creciente pánico que me aprisiona el pecho. A mi lado, Ingrid duerme tranquila, su respiración calmada. Todo es demasiado real y aterrador: su cuerpo desnudos, su pelo extendido sobre la almohada, la intimidad de su pierna sobre la mía bajo unas sábanas que huelen a nosotras.

A nosotras. A lo que hicimos anoche. A todo lo que descubrí sobre mí misma entre sus brazos.

Me incorporo con lentitud, tratando de no despertarla. El movimiento hace que la sábana se deslice, revelando los arañazos que mis uñas dejaron en su espalda. Pruebas tangibles de un placer que nunca supe que podía sentir.

Mi corazón se acelera al tiempo que mi inundan los recuerdos: sus labios recorriendo mi piel, mis manos descubriendo cada curva de su cuerpo, el modo en que gemía mi nombre cuando la tocaba exactamente donde más le gustaba. La libertad que sentí, el abandono, la indescriptible conexión que experimenté quizá por primera vez en mi vida.

—Esto no puede estar pasando —susurro para mí misma, mientras busco mi ropa esparcida por el suelo—. El trauma por lo de James, los cócteles, la tormenta...

Pero incluso mientras lo repito una y otra vez, sé lo que ocurrió fue auténtico. Lo que sentí cuando Ingrid me besó, cuando me llevó al límite una y otra vez... eso no fue producto de ninguna crisis emocional. Tampoco del alcohol. Fue real. Demasiado real.

Y eso es lo que me aterra.

Me visto en silencio, observando cómo Ingrid duerme, tranquila, hermosa, ajena al torbellino en mi interior. ¿Cómo puede verse tan en paz? ¿Cómo puede estar tan segura de quién es y lo que desea?

Yo ya no sé nada. Hace una semana, estaba a punto de casarme con un hombre.

Ahora, estoy escabulléndome de la cama de una mujer que me ha hecho sentir cosas que jamás imaginé.

El reloj en la mesita marca las 6:37. Abajo, el restaurante sigue cerrado, nadie me verá salir. Nadie sabrá que pasé la noche aquí, convertida en alguien que no reconozco. Alguien que gimió, suplicó y se entregó sin reservas.

Alguien que, por primera vez en mucho tiempo, se sintió completamente viva.

—Esto es una locura —murmuro, cogiendo mis zapatos para no hacer ruido—. Tengo una vida esperándome en Boston. Un trabajo, amigos, un apartamento que comprar cuando venda la casa que compartía con James. No puedo estar sintiendo esto por una mujer que conocí hace unos días. Una mujer que vive al otro lado del mundo y a la que seguramente no volveré a ver.

A pesar de todo, no puedo evitar acercarme a la cama antes de irme. Observo su rostro, la pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda que besé anoche, los labios entreabiertos que recorrieron cada centímetro de mi piel.

—Lo siento —susurro, aunque no estoy segura de por qué me disculpo.

Dejo una nota rápida en la encimera de la cocina. *"Necesitaba aire. Gracias por lo de anoche."* Impersonal, pero ¿qué más puedo decir? ¿Que estoy aterrorizada por lo que siento? ¿Que nunca había experimentado una conexión así con nadie? ¿Que me asusta pensar que podría estar enamorándome de ella después de solo unos días? ¿Qué no tiene ningún sentido y que cuanto antes lo detengamos menos vamos a sufrir?

La tormenta ha pasado, deja un cielo despejado y un sol brillante que parece reírse de mí. Las calles están desiertas a estas horas, excepto por algunos trabajadores limpiando los restos que dejó la tormenta: ramas caídas, hojas esparcidas por todas partes. Casi como mi vida ahora mismo.

Camino sin rumbo, perdida en mis pensamientos. Las imágenes de anoche siguen apareciendo: Ingrid enseñándome a preparar cócteles, nuestras manos acariciándose sobre el mango del cuchillo, ese primer beso que lo cambió todo.

Llego a la playa y me dejo caer en la arena húmeda. El mar está tranquilo, como si la tormenta de ayer nunca hubiese ocurrido. Pero sé que mis tormentas internas apenas han comenzado.

¿Y ahora qué? ¿Volver al restaurante y actuar como si nada hubiese pasado? ¿Pretender que la noche de ayer fue solo un experimento? ¿O reconocer que algo ha cambiado en mí, que he descubierto una parte de mi identidad que nunca había explorado?

El sonido de mi teléfono me sobresalta. Es un mensaje de Marta.

*"¿Cómo va la vida de soltera en el paraíso? ¿Ya has encontrado a alguien interesante?"*

Se me escapa una risa amarga. Si ella supiera.

Ensayo varias respuestas en mi cabeza. *"Sí, una chef española con la que he descubierto que quizás nunca fui tan hetero como pensaba." "Me he acostado con una mujer y ha sido la mejor experiencia sexual de mi vida." "Creo que me estoy enamorando de alguien a quien apenas conozco y que vive a miles de kilómetros de Boston."*

Al final, simplemente escribo: *"Todo tranquilo. La isla es preciosa."*

Al guardar el teléfono, me siento como una cobarde. Pero ¿cómo puedo explicar algo que ni yo misma entiendo?

Un grupo de gaviotas se pelea por los restos de algo en la orilla. Las observo y por unos instantes envidio la simplicidad de su vida. Ellas no se preocupan por identidades sexuales o conexiones emocionales. No se cuestionan quiénes son realmente.

—¿Qué voy a hacer? —susurro al océano, como si pudiese responderme.

Mi mente regresa a Ingrid. A estas alturas probablemente ya se habrá despertado, habrá encontrado mi patética nota. Seguramente se sentirá usada o confundida. No se merece esto. Ella ha sido honesta desde el principio.

Y yo, en cambio, estoy aquí, escondiéndome como una adolescente asustada. Y no es que no quiera seguir a su lado.

—Tengo una vida en Boston —me repito una y otra vez como si intentase convencerme a mí misma—. Una vida que debo reconstruir tras el desastre con James. No puedo complicarlo todo aún más con... ¿con qué exactamente? ¿Una aventura tropical? ¿Un despertar sexual tardío? ¿Un amor imposible?

El sol sube en el cielo, y con él, la temperatura. Pronto, la playa se llenará de turistas; familias, parejas... parejas como la que Ingrid y yo nunca seremos. Porque ella tiene su vida aquí, su restaurante, su pequeño paraíso lejos de las presiones que la destrozaron en Barcelona. Y yo tengo que volver a la realidad en dos semanas.

Me levanto y sacudo la arena de mis piernas. Debo volver al hotel, ducharme, pensar. Quizás incluso llamar a Marta y contarle la verdad. Necesito hablarlo con alguien. Una amiga que me ayude a entender qué demonios está pasando.

Mientras camino, no puedo evitar preguntarme qué estará haciendo Ingrid en estos momentos. Si estará dolida, enfadada, o simplemente resignada, acostumbrada a que

las turistas pasen brevemente por su vida sin dejar huella.

Pero yo no quiero ser solo una turista más en su historia. Y ahí está el verdadero problema.

No quiero ser un capítulo pasajero en su vida. Y tampoco quiero que ella sea solo una anécdota en la mía.

**Ingrid**

Estiro el brazo buscando a Tessa, pero ya no está allí. Las sábanas aún conservan su aroma, una mezcla de protector solar, perfume y nosotras, pero ahora están frías. Hace tiempo que se fue.

—Tessa —llamo, buscándola desnuda por la casa, aunque sé que no habrá respuesta.

Un silencio ensordecedor en el apartamento me lo confirma. Está vacío, tan vacío como mi pecho en este momento.

Me levanto y me envuelvo en la sábana, aunque no hay nadie que pueda verme desnuda. El suelo está frío. Busco... ¿qué? ¿Una nota? ¿Una explicación? ¿Alguna señal de que lo de anoche significó algo para Tessa? ¿Una prueba de que no fue solo una curiosidad satisfecha?

Encuentro una escueta nota en la cocina. Unas pocas palabras garabateadas en una servilleta. *"Necesitaba aire. Gracias por lo de anoche."*

—Gracias por lo de anoche —suspiro.

Es como si le hubiese prestado un paraguas o dado indicaciones para llegar a algún lugar. Como si lo que compartimos fuese algo sin importancia. Un pasatiempo.

Aprieto la servilleta en mi puño hasta que la hago una bola, luchando contra las lágrimas. No debería sorprenderme. Sabía en qué me estaba metiendo. Una mujer recién salida de una relación larga con un hombre, confundida, vulnerable. Una turista que se marchará en unas semanas, que tiene una vida muy lejos de aquí. Soy idiota.

Y sin embargo, me permití soñar. Me permití creer que quizás, solo quizás, lo que brillaba en sus ojos cuando me miraba era algo más que las ganas de un polvo de una noche. Quise creer que la forma en que nuestros cuerpos encajaban a la perfección significaba algo.

—Estúpida, estúpida, estúpida —me reprendo, lanzando con rabia la servilleta al cubo de basura.

Abro la ducha, tan caliente como puedo soportar, como si el agua pudiese quemar los recuerdos de sus manos en mi piel. Como si pudiese limpiar el rastro de sus labios explorando cada parte de mí.

—Nunca había sentido algo así —me susurró al oído antes de besarme.

Menuda mierda.

Me visto de manera mecánica. Hoy, mi uniforme de chef se siente como una armadura, una protección mis propios sentimientos.

El restaurante abrirá en unas horas, y tengo mil cosas que preparar. La vida continúa, como siempre. Como antes de que Tessa entrara en mi restaurante esa noche, con su mirada perdida y su corazón roto.

# Capítulo 11

**Tessa**

Diez jodidos mensajes de Ingrid en las últimas veinticuatro horas, cada uno más breve que el anterior. Fueron evolucionando desde la preocupación y la confusión hasta un seco "Si quieres hablar, ya sabes dónde estoy". El teléfono descansa sobre la cama como si fuese una bomba a punto de estallar. Llevo varias horas recorriendo el salón de la villa como un animal enjaulado, sin conseguir calmar el caos en mi interior: deseo contra miedo, euforia contra sensatez.

—Todavía no me puedo creer que haya salido corriendo —murmuro, pasándome las manos por el pelo—. Igual que una jodida cobarde.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Despertar junto a Ingrid, con nuestros cuerpos aún marcados por la pasión de la noche anterior, fue como abrir los ojos en un país extranjero en el que no conozco las reglas ni hablo el idioma. No es haber hecho el amor con una mujer lo que me aterrorizó. Fue reconocer que nunca, en cuatro años con James, había sentido una conexión tan profunda, tan instantánea, tan completa como la que experimenté en una sola noche con Ingrid. Con una mujer que apenas conozco desde hace una semana.

Me detengo frente al enorme espejo del baño, estudiando mi reflejo como si pudiese encontrar alguna respuesta en las ojeras que oscurecen mis ojos. ¿Quién soy ahora? ¿La mujer que iba a casarse con un hombre que la engañaba? ¿La turista despechada buscando consuelo en otros brazos? ¿O soy alguien que finalmente ha descubierto su verdadero yo?

—Deja de complicarlo todo —me digo a mí misma, apoyando la frente contra el espejo—. No hay necesidad de definirte ahora mismo. No tienes que ponerte una etiqueta.

Regreso a la habitación, donde la ropa que me puse para la cena del primer día yace abandonada sobre una silla. La noche en que entré en el restaurante de Ingrid. La noche en que sus ojos me miraron como si pudiesen ver a través de los muros que estaba construyendo. Reconoció el dolor sin necesidad de palabras, porque ella misma lo había

experimentado.

Recojo el teléfono, releo los mensajes. El último llegó hace tres horas.

*Ingrid: Entiendo que necesites espacio. Solo quiero saber que estás bien.*

Palabras simples. Sin presión, sin reclamos, sin manipulación. Tan diferente de los mensajes de James, siempre cargados de culpa o de urgencia, siempre demandando algo.

—Joder —suspiro, dejándome caer sobre la cama.

El recuerdo de su cuerpo desnudo regresa a mi mente con una nitidez que me hace estremecer. Sus manos guiándome, sus labios explorando mi piel como si fuese un territorio sagrado, el deseo en sus ojos cuando la llevé al límite. No fue solo sexo. Fue una forma de comunicación más honesta que cualquier conversación que hayamos tenido.

Y luego, como una cobarde, dejé una nota impersonal y salí corriendo de su apartamento.

—No es que estemos enamoradas —razono en voz alta, como si necesitase convencerme a mí misma—. Es solo que... nunca había sentido algo así. Con nadie.

Me levanto de un salto, de pronto decidida.

*Yo: ¿Puedo verte esta noche? Necesitamos hablar.*

Antes de que pueda arrepentirme, presiono enviar. La respuesta llega casi al instante.

*Ingrid: Estoy en el restaurante. Cerramos en una hora.*

Sin emoticonos, sin puntos suspensivos. Una simple afirmación. Debe pensar que soy idiota por el modo en que me he comportado.

Se me acelera el corazón mientras busco qué ponerme.

—No soy una adolescente nerviosa antes de una cita —me repito a mí misma—. Soy alguien que se prepara para una conversación importante.

Y lo es.

Una conversación sobre límites y expectativas, sobre deseos contradictorios. Y sobre el hecho innegable de que en diez días volveré a Boston, a miles de kilómetros de esta isla, de su restaurante, de esta mujer que ha despertado en mí sensaciones que ni siquiera sabía que existían.

Pero también una conversación sobre cómo, por primera vez desde que Vanessa me mostró los mensajes de James, me siento completamente presente en mi cuerpo, en mis

decisiones, en mi vida.

—Esto es una jodida locura —murmuro mientras me cepillo el pelo—. Pero quizás es exactamente lo que necesito ahora mismo.

**Ingrid**

El sonido rítmico del cuchillo contra la tabla de cortar marca el tiempo como si fuese un metrónomo implacable. Sesenta minutos. Eso es todo lo que queda antes de que Tessa aparezca. Eso, suponiendo que realmente venga. Sesenta minutos para ordenar el caos de pensamientos que ha dominado mi mente desde que desperté en una cama vacía, con tan solo una nota impersonal como explicación.

—Jefa, ¿estás bien? —pregunta Lucas, observándome mientras pico hierbas con una intensidad innecesaria—. Es la tercera vez que preparas chimichurri. Ya tenemos suficiente para toda la semana.

Levanto la mirada, notando por primera vez la montaña de perejil picado que se acumula frente a mí. Lucas me observa con una mezcla de preocupación y curiosidad que me irrita y conmueve a partes iguales.

—Estoy perfectamente —respondo, secándome las manos en el delantal—. Solo... da igual.

—Claro. —Su tono deja claro que no me cree ni por un segundo—. ¿Tiene algo que ver con la americana? No ha venido en todo el día.

Algo en mi expresión me delata, porque asiente como si acabase de confirmar una teoría.

—¿Quieres que me quede a cerrar? —ofrece—. Tienes cara de necesitar hablar con alguien, o quizás un trago de whisky.

Podría evitar esta conversación, refugiarme en mi apartamento, pretender que nada de esto importa. Después de todo, ¿qué esperaba? Tessa es una turista recién salida de una relación traumática, está experimentando con su sexualidad. Yo soy la anécdota que contará a sus amigas cuando regrese a Boston: *"¿Sabéis qué? Tuve una aventura con una chef española. Fue intenso."*

—No, gracias, tranquilo, vete a casa —respondo, forzando una sonrisa.

Lucas asiente, pero antes de irse se detiene junto a mí.

—Solo quiero decir... —comienza, aparentemente incómodo, sin encontrar las palabras adecuadas— que mereces a alguien que sepa exactamente lo que quiere. Y que no

tenga miedo de admitirlo.

Se marcha antes de que pueda responder, dejándome con una mezcla de gratitud y vergüenza. ¿Tan evidente es mi situación?

Los minutos pasan con una lentitud exasperante. Ya no sé qué hacer para que el tiempo corra. Limpio la cocina otra vez. Reviso las reservas para el día siguiente. El silencio del restaurante vacío lo envuelve todo, roto tan solo por el suave murmullo del océano a través de las ventanas abiertas.

Me sirvo una copa de vino y me siento en una mesa con vistas al mar. No puedo evitar recordar nuestra primera noche juntas, cuando Tessa entró en el restaurante con esa expresión de pérdida que reconocí al instante. ¿Qué vi en ella que me hizo romper mis propias reglas, invitarla a quedarse cuando estábamos cerrando, cocinar especialmente para ella?

El sonido de pasos en la entrada interrumpe mis pensamientos. Y ahí está Tess, parada junto a la puerta, la luz del atardecer crea un extraño halo alrededor de su silueta. Lleva un vestido sencillo de algodón azul que resalta el color de sus ojos y que le queda genial.

—Hola —suspira, su voz apenas audible sobre el sonido de las olas.

—Hola —respondo seca, sin moverme de mi asiento—. ¿Quieres una copa?

Asiente y entra lentamente, como si temiese romper algún hechizo. Tomo otra copa y la lleno con el mismo vino que estoy bebiendo, un albariño que me recuerda a las colinas de Galicia, al hogar de mi abuela que nunca he olvidado del todo.

Cuando se sienta frente a mí, me percato de las sombras bajo sus ojos, del ligero temblor en sus manos al tomar la copa.

—Lo siento —dice al fin, tras un silencio que parece extenderse entre nosotras como el océano—. Por irme así. Por la nota. Por todo.

—No tienes que disculparte. Somos dos mujeres adultas que pasaron una noche juntas. Follamos, nada más. No es como si hubiésemos firmado un contrato ni nada de eso.

Frunce el ceño, como si mis palabras la hubiesen herido físicamente.

—¿Eso es lo que fue para ti? —inquiere mordiéndose el labio inferior en un gesto de dolor—. ¿Solo una noche? ¿Solo follamos y ya está?

La pregunta me pilla por sorpresa. Después de todo, fue ella la que se escabulló al amanecer. Fue ella quien dejó una nota impersonal, quien no contestó a mis mensajes durante todo el día.

—Creo que esa pregunta deberías hacértela tú, ¿no te parece? —replico, incapaz de mantener un tono agradable—. Fuiste tú quien se fue sin decir adiós.

—Lo sé —admite, bajando la mirada hacia su copa—. Y ha sido lo más cobarde que he hecho en mi vida. Pero no fue porque no significase nada para mí. Todo lo contrario. Fue porque significó demasiado.

Sus palabras caen como piedras en un estanque, creando ondas que se expanden en todas direcciones.

—Explícate —solicito, mi corazón acelerándose a pesar de todos mis esfuerzos por mantener la calma.

Tessa toma un largo sorbo de vino, como reuniendo fuerzas antes de responder. O quizá ordenando sus palabras.

—Me asusté —confiesa con un largo suspiro—. No porque estuviese con una mujer eso me da igual. Me asusté porque nunca había sentido algo así con nadie.

De pronto, se queda en silencio. Busca mi mirada y me clava los ojos con una intensidad que me deja sin aliento.

—Nunca sentí esto con James y eso que nos íbamos a casar. Ni siquiera al principio, cuando creí que podría morir de amor cada vez que me sonreía. Y eso me aterroriza, Ingrid. ¿Qué dice eso de mí? ¿De quién he sido todos estos años?

La vulnerabilidad en su voz desarma todas mis defensas. Reconozco en sus palabras el mismo terror que sentí cuando abandoné Barcelona, cuando tuve que reconstruir mi identidad desde cero, lejos de todo lo que creía que me definía.

—No dice nada malo de ti —respondo casi con un susurro—. Solo que quizás estabas viviendo una vida que no estaba alineada con quién realmente eres. Créeme, sé algo sobre eso.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios, frágil pero auténtica.

—Es gracioso —sisea—. He pasado todo el día pensando que estaba utilizándote como distracción, como una forma de olvidar lo de James. Pero luego me di cuenta de que es justamente lo contrario. Por primera vez en años, no estoy distrayéndome. Estoy completamente presente. Contigo, con lo que siento, con lo que quiero.

Sus palabras despiertan una chispa de esperanza que intento controlar, aunque el ejército de mariposas en mi estómago lo hace muy difícil.

—¿Y qué es lo que quieres, Tessa? Lo que de verdad quieres —pregunto con una voz más firme de lo que me siento—. Porque en diez días volverás a Boston. Y yo estaré

aquí, en esta isla, en este restaurante. No es precisamente una buena base para... lo que sea que esto podría ser.

—Lo sé —admite encogiéndose de hombros y su voz se tiñe de una tristeza infinita—. Y no puedo prometerte nada más allá de esos diez días. No sería justo. Pero...

—¿Pero? —insisto al ver que se detiene.

—Pero tampoco quiero desperdiciar estos días fingiendo que lo que pasó anoche no significó nada. Porque significó mucho, Ingrid, muchísimo. Al menos para mí.

No es un compromiso, tampoco una promesa de futuro. Es simplemente permiso para vivir el presente, para explorarnos mutuamente sin garantías ni expectativas de ningún tipo.

—Entonces, ¿dónde nos lleva todo esto? —pregunto, incapaz de ocultar una nota de esperanza en mi voz.

Tessa extiende su mano sobre la mesa con la palma hacia arriba. Tras un momento de duda, coloco la mía sobre ella y sonríe.

—Me gustaría proponerte algo —suspira, sus dedos entrelazándose con los míos —. Vivamos estos diez días sin pensar sobre lo que vendrá después. Sin presiones, sin promesas imposibles. Solo tú y yo, descubriendo qué es esto que hay entre nosotras. Y cuando llegue el momento de irme... bueno, entonces decidiremos qué hacer.

—De acuerdo —admito apretando su mano—. Diez días. Sin expectativas. Sin presiones.

—Pero con total honestidad. Prométeme que me dirás si en algún momento esto se vuelve demasiado para ti.

—Lo prometo —asiento—. ¿Y tú harás lo mismo?

—Haré lo mismo —confirma con un guiño de ojo.

Nos quedamos así, nuestros dedos entrelazados sobre la mesa, con el sonido de las olas del mar como banda sonora. No sé qué sucederá en los próximos diez días, ni mucho menos lo que vendrá después. Pero en este momento, con su mano en la mía, decido que vale la pena el riesgo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunta de pronto.

—Primero —respondo, levantándome sin soltar su mano—, cerramos el restaurante. Más tarde —susurro, inclinándome hacia ella y disfrutando de cómo su respiración se acelera—. Te voy a quitar ese vestido y te haré el amor aquí mismo, sobre

esta mesa —añado besándola tras el lóbulo de la oreja.

# Capítulo 12

**Ingrid**

El barco de Mateo se balancea con suavidad en el muelle mientras cargo la última nevera portátil. La madera cruje bajo mis pies, un sonido reconfortante que me transporta a mis primeros días en la isla, cuando todo lo que sabía era que necesitaba escapar y este lugar me ofrecía un refugio.

—¿Estás segura de que sabes manejar esta belleza? —inquiere, rascándose la barba entrecana mientras me observa con una mezcla entre diversión y preocupación—. No es como conducir tu Vespa.

—Prácticamente crecí en el mar.

—Si le haces un solo rasguño a mi Esperanza, no habrá plato de comida en el mundo que pueda salvarte —advierte, señalándome con el dedo—. Y asegúrate de estar de vuelta antes del anochecer.

—Volveré con tu preciosa Esperanza intacta —prometo, poniendo la mano derecha sobre el corazón—. Y te compensaré con el mejor mero a la plancha que hayas probado jamás.

Mateo se ríe, entregándome las llaves como quien confía un tesoro familiar.

—Espero que tu americana aprecie lo que estás haciendo. Pocos conocen la cala secreta.

—No es “mi americana” —aclaro, ignorando el calor que se extiende por mis mejillas—. Es solo una turista a la que estoy mostrando la isla.

—Ya, claro —responde poniendo los ojos en blanco—. Te conozco desde que llegaste a esta isla, Ingrid. Nunca te había visto mirar a nadie como miras a esa mujer.

No respondo. ¿Qué podría decir? ¿Que tiene razón? ¿Que en los pocos días desde que conocí a Tessa, mi mundo ha dado un vuelco tan completo que a veces me cuesta reconocerme a mí misma? ¿Que me aterroriza la cuenta atrás que marca los días hasta que deba marcharse a Boston? ¿Qué sé que lloraré hasta quedarme sin lágrimas cuando lo

haga?

En vez de eso, enciendo el motor y me alejo con lentitud.

—Gracias por esto, Mateo —digo simplemente.

Él asiente, como si entendiera el significado oculto en esas pocas palabras. Quizás lo hace. Quizás él también conoce la diferencia entre el antes y el después de conocer a alguien que cambia tu forma de ver el mundo.

Mientras navego hacia el hotel donde se aloja Tessa, repaso el plan para hoy. No es solo una excursión; es una declaración silenciosa. Una forma de mostrarle una parte de mí que pocos han visto: mis sueños, mis esperanzas, la isla que me salvó cuando pensé que no quedaba nada por lo que luchar.

El sol ya ha emergido por completo cuando diviso el pequeño muelle privado del resort. Y allí está ella, de pie con los brazos cruzados sobre un pareo azul que contrasta con su bañador negro, el cabello recogido en una coleta alta, y esa sonrisa que consigue que mi estómago dé un vuelco cada vez que la veo.

En cuanto me acerco, Tessa salta al barco, pero tropieza y cae contra mí.

—Buenos días —disimula, sus labios tan cerca que puedo sentir su aliento.

—Buenos días —respondo—, bonita entrada a la lancha. Casi consigues hacernos volcar.

Ella prefiere no responder y simplemente pone los ojos en blanco.

—¿Dónde vamos exactamente? —pregunta, acomodándose en el asiento junto al timón—. Tu mensaje solo decía “traje de baño, toalla, y confía en mí”.

—Si te lo dijera, perdería el encanto del misterio —respondo, volviendo a encender el motor—. ¿Confías en mí?

—No sé si debería, pero, sí. Confío en ti.

—Entonces agárrate —le advierto, acelerando el motor—. Vamos a un lugar que pocos turistas han visto.

El barco corta el agua cristalina, dejando una estela blanca tras nosotras. Tessa cierra los ojos durante un instante, disfrutando de la brisa salada que juega con su cabello.

—Esto es perfecto —suspira.

Hace un gesto vago que parece abarcar no solo esta excursión, sino todo: los días explorando la isla, las noches aprendiendo los secretos de nuestros cuerpos, las conversaciones que se extienden hasta el amanecer tras hacer el amor.

—No me lo agradezcas todavía —respondo, girando el timón para rodear un pequeño cabo rocoso—. Espera a ver lo que tengo preparado.

Durante la siguiente media hora, mientras navegamos paralelas a la costa y le señalo detalles que los turistas rara vez notan: la colonia de aves que anida en los acantilados del norte, las formaciones rocosas que, según las leyendas locales, fueron talladas por dioses antiguos.

—Es como si conocieses cada centímetro de esta isla —admite, inclinándose para observar una tortuga marina que nada perezosamente junto al barco.

—Cuando llegué, estaba tan perdida como cualquier turista —confieso, reduciendo la velocidad mientras nos acercamos a una pequeña bahía escondida entre dos promontorios rocosos.

—¿Por qué elegiste este lugar para seguir con tu vida?

Considero la respuesta mientras maniobro el barco hacia la bahía. La verdad es que nunca le he contado la historia completa a nadie. Fragmentos, sí. Suficiente para satisfacer la curiosidad. Pero nunca toda la verdad.

—Después de mi ataque de ansiedad en Barcelona —comienzo, anclando el barco en aguas poco profundas—, las cosas empeoraron antes de mejorar.

Apago el motor y de pronto, solo se escucha el suave chapoteo del agua contra el casco y el lejano chillido de las gaviotas.

—Claudia, mi ex, intentó convencerme de que solo necesitaba unas vacaciones. Que volvería renovada, lista para seguir persiguiendo otra estrella Michelin y reseñas perfectas. Pero cada vez que pensaba en regresar a esa cocina... sentía que no podía respirar.

Tessa no dice nada, solo me mira con esos ojos que parecen entender más de lo que expreso con palabras.

—Una noche, tras otra discusión horrible con Claudia, abrí el ordenador y busqué “el lugar más remoto para comenzar de nuevo”. —Yo misma me río ante lo absurdo de ese momento—. Y apareció esta isla. Había un pequeño restaurante en venta, el dueño se jubilaba. Tres días más tarde estaba sentada en un avión, con dos maletas y los ahorros de toda mi vida. Dispuesta a comprar un restaurante que ni siquiera había visto.

Tessa no dice ni una sola palabra, pero el modo en que asiente lentamente mientras me sonríe, me da fuerzas.

—¿Lista para nadar hasta la orilla? —pregunto, cambiando de tema antes de que

la emoción me sobrepase—. Es poco profundo, pero el fondo es irregular. Debes tener cuidado.

Observa el agua cristalina, tan transparente que se pueden ver perfectamente los corales y peces de colores que habitan debajo.

—La última en llegar prepara la cena de esta noche —desafía, y antes de que pueda responder, se lanza al agua salpicándome la cara.

Llegamos a la orilla casi al mismo tiempo, aunque dejo que Tessa me gane por un poco. No pienso admitirlo, pero la perspectiva de verla intentar preparar algo en mi cocina es demasiado entretenida como para resistirme.

—Espero que te gusten los cereales con leche, porque es lo único que sé preparar sin prender fuego a la cocina.

Me río, regresando al barco y acercándolo a la playa para sacar las neveras.

La cala es pequeña, apenas cincuenta metros de largo, abrazada por acantilados a ambos lados que la hacen inaccesible por tierra. La arena es tan suave que parece harina bajo nuestros pies, y el agua tan transparente que parece magia.

Extendiendo una manta bajo la sombra de las palmeras, saco los platos que he traído.

—¡Guau! Esto no es un picnic —suspira Tessa, observando con asombro el festín que coloco ante ella—. Es un banquete digno del mejor restaurante.

—La comida sabe mejor cuando el escenario y la compañía son perfectos —respondo, sirviendo dos copas de vino—. Y en este caso, no se puede superar.

Y el modo en que cierra los ojos y menea la cabeza mientras sus mejillas se tiñen de rojo, me parece lo más bonito del mundo.

Comemos entre risas. Le cuento historias de mis primeros días en la isla, de los desastres iniciales en el restaurante, de cómo poco a poco, fui ganándome la confianza de los locales.

—¿No te asustaba arriesgarlo todo? Dejar una carrera reconocida y mudarte a un lugar donde no conocías a nadie, empezar de cero...

—Me asustaba más la alternativa —confieso con un soplido—. Quedarme en un lugar donde me estaba marchitando. Donde había dejado de reconocerme a mí misma. —Hago una pausa, buscando las palabras correctas—. A veces el mayor riesgo es no arriesgarse, ¿sabes?

Tessa asiente lentamente con la cabeza, su mirada perdida en el horizonte.

—Hay algo que no le he contado a nadie todavía —indico, sorprendiéndome a mí misma con la necesidad de compartir esto con ella—. Algo en lo que he estado trabajando.

Me mira con los ojos muy abiertos, como si estuviese dispuesta a explicarle el secreto de la vida.

—He estado... desarrollando un proyecto. Una expansión del restaurante, pero no en el sentido tradicional. Quiero crear un centro de formación culinaria para jóvenes locales. Enseñarles no solo técnicas de cocina, sino todo el proceso: desde cultivar los ingredientes de manera sostenible hasta entender la gestión de un negocio gastronómico.

Hago una pausa, me detengo, esperando ver en su rostro alguna señal de escepticismo. En su lugar, observo un interés real, un entusiasmo que refleja el mío.

—La isla está cambiando —continúo—. El turismo crece cada año. Pero quiero asegurarme de que ese crecimiento no signifique perder la esencia de este lugar, sus tradiciones culinarias, su conexión con la tierra y el mar.

—Es una idea brillante —suspira, inclinándose hacia mí para besar mi mejilla—. ¿Has empezado a desarrollar un plan de negocio? ¿Necesitas inversores?

—Veo que la chica de ciudad ha aparecido —bromeo.

—Lo siento —se disculpa, sonrojándose ligeramente—.Pero es que puedo ver claramente cómo esto podría funcionar. La sostenibilidad está en auge en el sector turístico, y si pudieses integrar experiencias para los visitantes...

Se detiene de manera abrupta, como si estuviese avergonzada de haberse dejado llevar, pero a mí me parece conmovedor.

Sin pensar, extiendo la mano para trazar con la punta de los dedos el contorno de su mandíbula.

Tessa cierra los ojos y su respiración cambia de manera sutil. Cuando los abre de nuevo, hay en ellos un deseo tan puro y sin filtros que siento que me quema.

—Bésame —susurra y no lo dice como una petición sino como algo inevitable.

Nos besamos y pronto caemos una sobre la otra sobre la manta. Hay una urgencia en ambas inesperada, como si nos diésemos cuenta de que debemos aprovechar el poco tiempo que nos queda juntas.

—Me estoy enamorando de ti… pero demasiado —murmura mordiendo

suavemente mi barbilla.

—Ya somos dos —confieso, antes de desabrochar el nudo de su biquini para acariciar sus pechos.

Tessa sonríe, una sonrisa lenta y provocadora que consigue que mi corazón se acelere.

Me inclino para besar sus pezones, tratando de memorizar los lunares que tiene alrededor de su areola mientras su mano se aventura a colarse por debajo de la goma de mi bikini.

Pronto estamos desnudas, nuestros cuerpos entrelazados sobre la manta, la suave brisa marina acariciando nuestra piel. Beso cada centímetro: la curva de su cuello, el hueco entre sus pechos, la suave piel de su pubis.

Cuando mis dedos se cuelan entre sus piernas, gime con fuerza. Los deslizo suavemente por su humedad y ella busca la mía, nuestros jadeos acompasados en una melodía que se mezcla con el sonido de las olas al romper contra la orilla.

—Ingrid —gime, sus caderas moviéndose al ritmo de mis caricias—. No pares. Por favor, no pares.

Mi única respuesta es un gemido al sentir sus dedos curvarse en mi interior en busca de ese punto que sabe que me vuelve loca.

Sonríe y se deja llevar. Arquea la espalda, me clava la mirada y en sus ojos azules puedo ver el momento exacto en que el placer la sobrepasa y alcanza el orgasmo.

La sostengo mientras se estremece. Beso su rostro, su cuello, muerdo sus hombros, murmurando palabras que apenas registro de manera consciente. Cuando finalmente su cuerpo se relaja contra el mío, hay una sonrisa de satisfacción en sus labios que me llena de un orgullo casi ridículo.

—Abre las piernas, no voy a dejar que te quedes así —propone, colocando su sexo sobre el mío y el modo en que se deslizan, la fricción tan perfecta que creamos, los gemidos que se escapan de su boca, consiguen que pronto grite su nombre mientras alcanzo el clímax.

Es de una intensidad tal que parece como si todo mi ser se fragmentase y luego se reconstruyese en una versión mejorada de mí misma. A continuación, se tumba sobre mí bajo la sombra de una palmera, su cabeza escondida en la curva de mi cuello. Nuestros cuerpos brillan de sudor mientras la brisa marina enfría nuestra piel de manera gradual.

—Nunca había hecho el amor en una playa desierta —suspira trazando patrones

perezosos alrededor de mis pezones.

Hay algo en su tono de voz, una mezcla entre gratitud y melancolía, que me hace levantar la cabeza para mirarla.

—¿En qué piensas?

Suspira, fijando la mirada en el horizonte donde el cielo se encuentra con el mar en una línea perfecta.

—En que me quedan ocho días —dice simplemente.

Ocho días. La cuenta atrás que he estado tratando de ignorar. Pero ahí está, innegable, implacable.

—No pensemos en eso ahora, ¿vale? —sugiero, aunque sé que es más fácil decirlo que hacerlo—. Estamos aquí, en este momento perfecto.

Tessa asiente, pero veo que la sombra no desaparece completamente.

# Capítulo 13

**Ingrid**

Desde el amanecer, la isla entera parece vibrar con energía. Cada año por estas fechas, se transforma para el rito del mar abierto, una antigua celebración que marca el fin de la temporada de tormentas y honra a los pescadores locales con música hasta el amanecer. Las calles del pueblo, normalmente tranquilas a esta hora, bullen de actividad: vendedores instalando puestos de mil colores, músicos afinando sus instrumentos, y niños corriendo con cintas de colores que flamean tras ellos como la estela de un cometa.

—¿Crees que necesitamos más luces? —inquiero, observando la entrada del restaurante mientras Tessa niega con la cabeza, precariamente encaramada a una escalera tras colgar la última linterna de papel. En su mejilla, tiene una mancha de pintura azul que no parece haber notado. Son los riesgos de ayudar a decorar el puesto que montaremos en el festival.

—Creo que ya tienes más que de sobra, a menos que quieras que tu restaurante se vea desde el espacio —protesta.

Han pasado algo más de dos semanas desde que entró por primera vez en mi restaurante. Algo más desde nuestra primera noche juntas. Cuatro desde que comenzó a pasar más tiempo en mi apartamento que en su villa del hotel. Son números que cuento como tesoros y temo a partes iguales. Sé que con cada uno de esos números, nos acercamos más a una fecha que me niego a pensar.

Froto con el pulgar la pintura azul, un gesto que se ha vuelto tan familiar como respirar. Tessa cierra los ojos y sonríe de manera instintiva, inclinándose hacia mi caricia.

—Te has integrado muy rápido en la comunidad —le aseguro, besando su frente.

—Me gusta cómo me siento aquí, en esta isla —confiesa en voz baja—. Es como si... como si pudiese ser una versión más auténtica de mí misma.

Se detiene de manera abrupta, y veo un destello de sorpresa en su rostro, como si sus propias palabras la hubiesen pillado desprevenida.

—¿Ocurre algo?

Sacude la cabeza y una sonrisa triste aparece en sus labios.

—Nada. Es una tontería —suspira—. ¿A qué hora dices que empieza la fiesta?

—Al atardecer, con la bendición de las barcas de pesca. Pero sería bueno buscar un buen lugar para ver los fuegos artificiales.

—¿Y cuál sería ese lugar?

—Es una sorpresa —respondo con un guiño de ojo—. Pero te prometo que valdrá la pena.

Poco más tarde, la plaza principal del pueblo se transforma por completo. Se ha convertido en un caleidoscopio de colores y sonidos: guirnaldas de luces que cruzan de un lado a otro, puestos de comida que llenan el aire con aromas de especias y marisco fresco. Y la música…la música es una mezcla única de ritmos locales con influencias caribeñas.

—Esto es mágico —exclama junto a mí, observando el despliegue de colores y vida a nuestro alrededor.

Y lo cierto es que para mí también lo es, a pesar de que ya lo he vivido en años anteriores. Quizá porque lo estoy viendo a través de sus ojos.

De pronto, la música cambia y un murmullo recorre la plaza. Los puestos de comida hacen una pausa y la gente comienza a moverse hacia el centro, donde se ha despejado un espacio.

—¿Qué sucede? —pregunta Tessa sorprendida.

—Es el baile tradicional, vamos o nos lo perderemos — explico, señalando hacia el centro donde varias parejas se están ya formando—. Comienza con los pescadores y sus familias, honrando la conexión entre la isla y el mar.

Observa con la boca abierta cómo los bailarines ejecutan movimientos que narran historias antiguas: brazos que ondean como olas, pasos que imitan el ritmo de los remos cortando el agua.

Gradualmente, más personas se unen al baile. Ya no son solo los pescadores y sus familias, sino todos los isleños y algunos turistas valientes que han sido invitados a participar.

—Vamos —dice de pronto, tirando de mi mano—. Quiero intentarlo.

Nos unimos al círculo de bailarines, y pronto estamos inmersas en el ritmo, nuestros cuerpos moviéndose como si hubiésemos bailado así toda la vida.

A medida que la noche avanza, la música cambia, evoluciona. Los ritmos

tradicionales dan paso a sonidos más contemporáneos, pero siempre con ese sabor único de la isla. Bailamos hasta que nuestros pies duelen, hasta que el sudor brilla en nuestra frente, besándonos con cada pausa en una noche mágica.

—Es casi la hora —anuncio, mirando el reloj—. Ven, quiero enseñarte algo.

Con los dedos entrelazados, la guío lejos de la plaza, por callejuelas estrechas iluminadas con faroles, hasta llegar a una pequeña escalera de piedra tallada en la ladera de la colina.

—¿Dónde me llevas? —inquiere extrañada cuando empezamos a subir.

—Al mejor lugar de la isla para ver los fuegos artificiales — respondo, apretando su mano—. Confía en mí.

La escalera serpentea hacia arriba, bordeando la colina, hasta que llegamos a una pequeña plataforma natural. Es como un balcón esculpido por la naturaleza, que ofrece una vista panorámica de toda la bahía y el pueblo iluminado. Desde aquí, la música llega como un eco distante, mezclándose con el sonido constante de las olas rompiendo contra las rocas bajo nosotras.

—Guau, Ingrid —suspira, mirando alrededor con asombro—. Esto es...

—Lo sé. Lo encontré durante mi primer mes en la isla. Vengo aquí cuando necesito pensar, o simplemente estar sola. Las vistas son increíbles.

Abre la boca para decir algo, pero antes de que pueda hacerlo, los primeros fuegos artificiales explotan en el cielo, bañándonos en una luz roja brillante. Le sigue otro, y otro más, hasta que el cielo nocturno se convierte en un lienzo de colores y formas.

Nos sentamos juntas en la roca, Tessa entre mis piernas, su espalda contra mi pecho, mis brazos alrededor de su cintura. Y en este momento perfecto, me permito imaginar un futuro en el que lo nuestro no sea algo temporal. En el que ella no deba regresar a Boston dentro de unos días. En el que cada noche pueda terminar así, con ella entre mis brazos, mirando estrellas o fuegos artificiales o simplemente la oscuridad.

# Capítulo 14

**Tessa**

El teléfono vibra sobre la mesita de noche, sacudiéndose como si fuese un animal atrapado que pugna por escapar. La pantalla ilumina la penumbra con un resplandor azulado. Son las 5:17 de la mañana en la isla, lo que significa que en Boston ya están trabajando. Suspiro al ver el nombre: Richard Montgomery, mi jefe, para quien la palabra vacaciones es un concepto tan flexible como sus principios éticos.

Ingrid duerme a mi lado, su respiración tranquila, un mechón de pelo negro cayendo sobre su rostro. Anoche hicimos el amor hasta que nos quedamos dormidas. Solo nos quedan unos pocos días juntas antes de que deba regresar a Boston, a una vida que ahora parece pertenecer a otra persona.

Con cuidado de no despertarla, salgo de la cama y me deslizo hasta el balcón, cerrando la puerta tras de mí. El aire fresco de la mañana eriza mi piel desnuda mientras respondo.

—¿Tessa? Soy Richard Montgomery —anuncia como si pudiese haberlo olvidado en apenas unas semanas—. Quería ser el primero en darte la noticia.

—¿La noticia?

—Tu ascenso —exclama con ese entusiasmo artificial que reserva para cuando quiere algo a cambio. Editora jefe. Todo el departamento bajo tu mando.

El mundo parece detenerse por un instante. El puesto por el que he trabajado los últimos cuatro años. Un salario que duplicaría el actual, poder de decisión real, respeto en la empresa. Todo lo que soñé cuando acepté el trabajo inicial como editora junior.

—Vaya... —es todo lo que consigo responder.

—Sé que estás sorprendida. Pero lo mereces. Nadie trabaja tan duro como tú. Claro, necesitamos que regreses cuanto antes. Estamos lanzando un nuevo proyecto y es tu oportunidad de demostrar a todos que mi elección fue la correcta.

—¿Cuándo? —suspiro, apoyándome en la barandilla mientras observo cómo el mar despierta con los primeros rayos de sol.

—Mañana, como muy tarde pasado mañana —responde sin titubear.

Dejo escapar un largo soplido. Ya quedaba poco tiempo junto a Ingird, pero ahora… como mucho dos días más en este paraíso que ha sanado mis heridas.

—Richard, sabes que necesito estas vacaciones tras de lo que ocurrió con James, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé —responde con falsa empatía—. Y créeme que no te lo pediría si no fuese absolutamente necesario. Ya he hablado con Recursos Humanos para que te compensen esos días.

A través del cristal de la puerta, puedo ver la figura de Ingrid removiéndose entre las sábanas, buscándome en sueños.

—Necesito pensarlo.

Un silencio helado se extiende por la línea. Richard Montgomery no está acostumbrado a respuestas que no sean "sí, por supuesto".

—¿Pensarlo? —repite, como si la palabra le resultara extraña—. ¿Qué coño necesitas pensar? Tessa, creo que no estás entendiendo. Si no estás aquí en dos dias, tendré que considerar otras opciones.

Otras opciones. Vanessa, probablemente. La misma que se acostaba con mi prometido mientras yo planeaba nuestra boda. La ironía es tan amarga que casi me dan ganas de llorar.

—Te llamo antes del mediodía. Necesito reorganizar algunas cosas.

Cuelgo el teléfono antes de que pueda protestar. Permanezco en el balcón, desnuda y temblando. A mi espalda, la puerta de cristal se desliza con un suave siseo.

—¿Va todo bien? —pregunta Ingrid cubriendo mis hombros de pequeños besos.

—Era mi jefe —confieso—. Cosas del trabajo.

—¿A esta hora?

—En Boston ya están trabajando desde hace un rato —le recuerdo, girándome para besar su frente.

—Estás helada —murmura contra la piel de mi cuello mientras acaricia mi espalda—. Vuelve conmigo a la cama.

**Ingrid**

Algo ha cambiado en Tessa. Lo noto en la forma en que a veces su mirada se pierde en la distancia, como si estuviese calculando la longitud exacta del océano que pronto nos separará. Lo siento en la urgencia de sus besos, en la manera en que sus manos se aferran a mi cuerpo cuando hacemos el amor, como si intentase memorizar cada curva de mi cuerpo.

Desde esa llamada telefónica ayer al amanecer, ha habido más. Conversaciones que se interrumpen cuando entro en la habitación, mensajes que lee con el teléfono inclinado para que no pueda ver la pantalla. Incluso ha pasado más tiempo en su villa del resort, alegando que necesita ordenar algunas cosas.

Intento evitar que la inseguridad me devore, pero es como luchar contra una fuerte marea. Ha sucedido exactamente como me temía: la realidad ha vuelto a llamar a su puerta. Boston, su carrera, su vida la reclaman. Yo soy solo un paréntesis, un capítulo breve en una historia que continuará sin mí.

Se irá, volverá a su vida, y yo me quedaré aquí, recomponiendo los pedazos de un corazón que nunca tuve intención de entregar.

La sopa de tomate que estoy preparando hierve, derramándose por los bordes de la olla y siseando contra la superficie caliente de la cocina. Como mi vida: un desastre imprevisto que ahora tendré que limpiar.

—Ingrid, ¿estás enfadada por algo? —pregunta rodeando mi cintura con los brazos.

—¿Por qué iba a estar enfadada? —Me encojo de hombros, fingiendo una indiferencia que está a años luz de lo que realmente siento.

No es justo, lo sé. No estoy siendo honesta con ella. Solo estoy construyendo un muro que me proteja del inevitable dolor. Pero la alternativa es decirle la verdad: que estoy aterrada de perderla para siempre, que estos días con ella lo han cambiado todo, que la idea de volver a mi vida sin ella me resulta insoportable.

—¿Estás segura de que es solo eso? —insiste.

El contacto de su piel sobre la mía me quema, me debilita. Casi me rindo ante él, casi me giro para enterrar mi rostro en su cuello y confesarle mis miedos. Pero entonces recuerdo su expresión cuando hablaba por teléfono: viva, conectada a algo lejano, algo que no me incluye. Algo de lo que yo jamás formaré parte.

—Completamente segura —miento.

Durante la cena, la conversación parece forzada. Hablamos del clima, de los clientes del restaurante, de Lucas y su nueva receta. Temas seguros, superficiales, tan diferentes de las conversaciones profundas y sinceras que habíamos compartido hasta este momento.

Tras la cena, cuando la luna está ya alta en el cielo, Tessa se mete en el cuarto de baño para darse una ducha. Su teléfono suena y no puedo resistir la tentación de mirarlo. No es algo que haya hecho nunca, jamás pensé que haría. Pero la incertidumbre me está devorando viva.

Es un mensaje de un tal Richard Montgomery. Creo que es su jefe o algo así.

—Cuento contigo mañana mismo. Tu equipo te espera.

—¿Mañana? —mascullo entre dientes.

Ha adelantado el viaje y ni siquiera me lo ha dicho.

La traición de su ex debe haberla dejado con tantas cicatrices que no ya confía en nadie, ni siquiera en mí. O quizás, simplemente, no soy lo suficientemente importante en su

vida como para merecer una explicación.

Cuando sale del baño, envuelta en una toalla y con el cabello húmedo pegado a la nuca, estoy sentada en la terraza, con la mirada perdida en el mar oscuro.

—Estás muy callada esta noche —susurra besando mi cabeza—. ¿En qué piensas?

¿En qué pienso? En que te vas antes de lo previsto. En que no has confiado en mí para decírmelo. En que ya te estoy echando de menos y ni siquiera te has ido.

—En nada en particular —miento, forzando una sonrisa—. Solo estoy disfrutando de la noche.

Tessa frunce el ceño, insatisfecha con mi respuesta. Abre la boca como si fuese a decir algo, pero parece pensarlo mejor y la cierra de nuevo.

—Deberíamos ir a dormir —dice al fin.

Nos acostamos en silencio, nuestros cuerpos separados por centímetros que ahora parecen kilómetros.

—Buenas noches —murmura, girándose para darme la espalda.

—Buenas noches —respondo, contemplando su silueta en la oscuridad.

# Capítulo 15

**Tessa**

El último atardecer en la isla se desangra sobre el horizonte como si fuese una herida abierta. Tiñe el cielo de un rojo tan intenso que parece casi irreal, como si el universo mismo estuviese anunciando con demasiado dramatismo el final de algo precioso. Me detengo frente al restaurante, observando las luces del interior. Este lugar, que hace poco más de dos semanas era completamente desconocido para mí, ahora guarda los fragmentos de un corazón que no sabía que podía romperse de nuevo tan pronto.

Respiro hondo, tratando de controlar el temblor de mis manos. El billete de avión en mi bolsillo pesa como una losa. Antes de lo que había planeado. Pensé en rechazar el ascenso, aprovechar el tiempo que me queda junto a ella. Pero la distancia que ha crecido entre nosotras hace que me pregunte si eso solo alargaría una agonía inevitable.

La puerta se abre antes de que pueda alcanzar el pomo, y ahí está ella. ¿Hay ansiedad en esos ojos color avellana? ¿O solo es tan solo el reflejo de la mía?

—Llegas justo a tiempo —saluda con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Estoy a punto de cerrar la cocina.

Su tono casual me golpea como una bofetada. Como si esta no fuese nuestra última noche juntas, como si no hubiésemos confesado nuestros miedos más profundos entre susurros y caricias.

—Quería... quería cenar aquí una última vez —respondo—. Si no es un problema, claro.

—No, para ti la cocina siempre está abierta.

Me guía hacia una mesa en la esquina, la misma donde me senté aquella primera noche. La misma donde todo comenzó. La simetría no pasa desapercibida para mí y quizá lo ha elegido así por ese motivo. Cierra el círculo. En esta mesa empezó y aquí se acaba.

—¿Qué te apetece? —pregunta mientras me siento.

—Sorpréndeme. Como la primera vez.

Asiente y desaparece en la cocina. El restaurante está casi vacío; solo una pareja en el otro extremo, tan absortos el uno en el otro que apenas notan mi presencia. Les observo con una punzada de envidia. Ellos tienen tiempo. Tiempo que a nosotras se nos ha escurrido entre los dedos como la fina arena de esta isla.

Lucas se acerca a mi mesa con una copa de vino blanco.

—Albariño —explica mientras lo sirve—. Ingrid dice que es tu favorito.

—Gracias —suspiro, escondiendo la mirada para que no vea la tristeza en mis ojos.

—¿Todo bien? Pareces... preocupada.

—Solo... cansada —miento—. Ha sido una semana intensa.

—Y en unos días regresas a Boston, ¿verdad?

—De hecho... —dudo, mordiendo mi labio inferior—. Puede ser que me vaya antes. Mañana temprano.

Lucas arquea una ceja.

—¿Ingrid lo sabe?

—Voy a decírselo esta noche —respondo, haciendo girar la copa entre mis dedos —. Han surgido... cosas del trabajo. Cosas importantes.

—Ya veo. ¿Sabes? Nunca había visto a la jefa así.

—¿Así cómo?

—Feliz —la palabra me golpea—. Realmente feliz.

Su comentario me provoca náuseas. ¿He hecho feliz a Ingrid? ¿Solo para luego abandonarla?

—Lucas, si yo no estuviese aquí... —comienzo, pero no sé cómo terminar la frase. Ni siquiera lo que quiero preguntar—. ¿Si no estuviese aquí, encontraría a alguien más? ¿Alguien que pudiese quedarse junto a ella?

—Si no estuvieses aquí, seguiría siendo la chef brillante que es —explica, como si leyese mis pensamientos—. Pero estaría incompleta de alguna manera. Como sus platos antes de conocerte: técnicamente perfectos, pero les faltaba... —se detiene en busca la palabra correcta—. Les faltaba alma.

Sus palabras me hunden más aún en mi conflicto interno. Si significo tanto para ella, ¿cómo puedo simplemente irme? Pero si me quedo, ¿qué pasará con mi carrera, con la vida que he construido durante años? El ascenso que me han ofrecido es la culminación de todo mi esfuerzo profesional. ¿Puedo rechazarlo por un romance de unas semanas?

Un romance de unas semanas. Qué palabras tan insuficientes para describir lo que hemos compartido.

Lucas se aleja en el instante en que Ingrid aparece con un plato que me deja sin palabras. No es el ceviche que esperaba, sino algo completamente nuevo: un pescado local servido sobre una espuma que recrea los colores del atardecer, rodeado por pequeñas flores silvestres y granos de sal marina que brillan bajo las luces.

—Se llama “Recuerdos de la isla” —explica mientras lo coloca frente a mí—. Lo creé pensando en ti. En nosotras.

Mi corazón da un vuelco. ¿Cómo puede ser tan contradictoria? Tan distante en sus palabras y gestos y al mismo tiempo creando un plato inspirado en nuestra historia.

Cada ingrediente parece ser una referencia a un momento compartido. Cada sabor, un recuerdo. Tomo el primer bocado y cierro los ojos. Es como si toda nuestra relación estuviese aquí.

—¿Te gusta? —inquiere y es la primera vez en más de 24 horas que escucho verdadera vulnerabilidad en su voz.

—Es perfecto —confieso, mirándola a los ojos—. Como todo lo que creas.

—Supongo que algunas cosas están destinadas a ser temporales, por muy perfectas que parezcan —responde con tristeza.

La indirecta es demasiado clara. Demasiado dolorosa. Nuestra relación: temporal. Un paréntesis. Nos miramos por un instante y siento que estamos al borde de algo importante. Si alguna de las dos tuviese el valor de dar el primer paso, de romper esta barrera de orgullo y miedo que se ha levantado entre nosotras...

—Ingrid —comienzo, mi corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo—. Hay algo que debo decirte. Sobre mi regreso a Boston...

El ruido de platos rompiéndose en la cocina nos sobresalta. Ingrid se gira hacia el estrépito.

—Debo ir a ver qué ha pasado, lo siento —anuncia casi con alivio—. Disfruta de la cena.

Y así, el momento pasa. Y la barrera entre nosotras permanece intacta.

Termino mi plato en soledad, cada bocado un recordatorio de lo que estoy a punto de perder. La pareja del otro lado se ha marchado, y ahora estoy sola en el restaurante. Sola, como lo estaré mañana en el avión de regreso a Boston. Como lo he estado, en el fondo, a pesar de las relaciones y amistades, durante gran parte de mi vida.

Ingrid regresa cuando estoy acabando la botella de vino.

Se sienta frente a mí. Por debajo de la mesa, nuestras rodillas se rozan. Echaré tanto de menos su tacto...

—Mi jefe me llamó ayer. Me han ofrecido un ascenso importante, pero necesitan que regrese mañana temprano—anuncio con miedo.

Espero una reacción: sorpresa, dolor, decepción. En cambio, su rostro permanece impasible, como si estuviese tallado en piedra.

—Felicidades. Te lo mereces.

—Aún no lo he aceptado —aclaro, buscando su mirada, buscando cualquier indicio que me diga que de verdad le importa, de que quiere que me quede.

—Deberías —responde, apartando los ojos—. Es tu carrera profesional. Es importante para ti.

Su indiferencia me rompe por dentro. ¿Es así de fácil para ella dejarme ir? ¿Todo lo que compartimos no significa nada?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué más quieres que diga? —su tono es ahora frío—. Te vas a Boston. Yo me quedo aquí. Siempre supimos que esto acabaría así.

El silencio que sigue es insoportable. Entre nosotras crece un abismo con cada segundo que pasa, alimentado por todo lo que no decimos, por todas las emociones que fingimos no sentir.

—Me voy. Tengo que preparar las maletas —gruño tirando la tarjeta de crédito sobre la mesa.

—Estás invitada, ya lo sabes. Mucha suerte en Boston —añade, levantándose de la mesa.

Me levanto también, mis piernas tiemblan.

En el umbral, me giro una última vez. Ingrid está donde la dejé, alta y hermosa bajo la luz tenue del restaurante, su rostro una máscara impenetrable.

—Adiós, Ingrid —susurro, mi voz casi inaudible.

—Adiós, Boston —responde, y por un momento, un destello de emoción cruza su rostro. Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

Su apodo para mí se siente ahora como la barrera final entre nosotras. Una forma de recordarme mi lugar: lejos, en otro mundo, no aquí con ella.

Las lágrimas que he contenido durante toda la cena caen mientras camino hacia el hotel. No me molesto en limpiarlas; no hay nadie que pueda verme en la oscuridad de la playa. El viento del mar las seca en mis mejillas, dejando un rastro salado que escuece como si quisiese recordarme el dolor que siento por dentro.

En mi villa, la maleta a medio hacer espera sobre la cama. La termino de manera mecánica, doblando ropa que huele a sal, a sol, a Ingrid.

Cuando todo está listo, me siento en el escritorio y escribo.

*"Ingrid,*

*Cuando llegué a esta isla, estaba rota. James había destrozado mi confianza, toda mi capacidad para creer en el amor. Pensé que este viaje sería solo una forma de escapar, de ocultar mi vergüenza y mi dolor. No esperaba encontrarte.*

*No esperaba descubrir partes de mí misma que ni siquiera sabía que existían. No esperaba sentir esta libertad, esta autenticidad, esta conexión que hemos compartido. Contigo, por primera vez en toda mi vida, he sido completamente yo. Y por eso, siempre te estaré agradecida.*

*Me voy mañana temprano. El ascenso es importante, sí, pero no es solo eso lo que me empuja a irme antes. Es el miedo. Miedo a lo intenso de lo que siento por ti, miedo a no ser suficiente, miedo a que la distancia nos destruya. Y esta noche, tu frialdad confirmó mis temores: quizás para ti, siempre fui solo "Boston". Una turista más, un capítulo pasajero.*

*Si me equivoco, si sientes siquiera una fracción de lo que yo siento por ti, lo siento. Lo siento por no ser lo suficientemente valiente para quedarme, para explorar lo que podríamos ser. Quizás en otra vida, o en otro momento, hubiera sido diferente.*

*Gracias por estas semanas. Gracias por mostrarme que aún puedo sentir, que aún puedo amar. Gracias por recordarme quién soy realmente. Tessa"*

Doblo la carta y la meto en un sobre. Mañana temprano, antes de irme al aeropuerto, se la dejaré a Lucas para que se la entregue. No tengo el valor de verla de nuevo, no después de esta noche.

# Capítulo 16

**Ingrid**

La puerta del restaurante se cierra tras ella con un clic suave, pero que en mi corazón resuena como si fuese un disparo. Se ha ido. Para siempre. Sin luchar, sin cuestionarlo, simplemente... se ha ido.

Me quedo inmóvil donde estoy, como si moverme pudiese romper el precario control que mantengo sobre mis emociones. El local está ahora vacío, solo yo y los fantasmas de todas las palabras que no dije.

—¿Jefa? —la voz de Lucas me sobresalta. Ni siquiera sabía que seguía aquí—. ¿Estás... bien?

La máscara que he mantenido durante toda la noche; indiferente, fría, distante, se desmorona con esa simple pregunta. Un sollozo escapa de mi garganta, tan repentino y visceral que me sorprende incluso a mí misma.

—No —suspiro, rota por dentro—. No estoy bien.

Lucas se acerca, su habitual actitud despreocupada reemplazada por una preocupación auténtica.

—¿La dejaste ir? ¿Así, sin más?

—¿Sin más? ¿Qué esperabas que hiciera? —protesto, limpiando con la palma de la mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas—. ¿Que le rogara que se quede? ¿Que tirase su carrera por un romance de vacaciones?

—¿Es eso lo que crees que fue? ¿Un romance de vacaciones? —Lucas sacude la cabeza lentamente, incrédulo—. Joder, Ingrid, nunca te había visto así con nadie. Y por cómo te miraba, ella tampoco había se sentido así antes.

—Ahora poco importa, ¿no? —respondo, comenzando a recoger la mesa en la que Tessa había cenado—. Ella tiene una vida en Boston. Un ascenso en su trabajo. Una carrera profesional. Y yo tengo... esto—hago un gesto abarcando el restaurante—. Mi vida está aquí.

—¿Y no se os ocurrió que podría haber más opciones que un todo o nada? —inquiere cruzándose de brazos—. ¿Que quizás podríais encontrar un punto intermedio?

Dejo caer el trapo sobre la mesa y me giro hacia él.

—¿De qué estás hablando?

—¡Ha estado haciendo preguntas, Ingrid! —exclama, poniendo los ojos en blanco—. Preguntas sobre cómo es vivir en la isla a largo plazo. Preguntas sobre conexión a internet para trabajar en remoto. Preguntas sobre el sistema sanitario, sobre alquileres. ¡Joder, incluso preguntó si el resort necesitaba a alguien de marketing para sus redes sociales!

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué...? ¿Cuándo?

—Durante toda la última semana. Mientras tú estabas ocupada preparándote para su partida, ella estaba buscando formas de quedarse. O al menos, de volver de manera regular y pasar temporadas en la isla.

Me desplomo en la silla más cercana, mis piernas de pronto incapaces de sostenerme. ¿Cómo pude ser tan idiota?

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Pensé que lo sabías —responde, encogiéndose de hombros con naturalidad—. Supuse que hablabais de estas cosas. Ya sabes, como las parejas normales.

Parejas. Nunca nos definimos como tal. Nunca pusimos nombre a lo que teníamos, siempre escondiéndonos detrás de la idea de vivir el momento, sin expectativas... en cambio, en el fondo, ambas queríamos más.

—Soy imbécil —susurro, más para mí misma que para Lucas.

—No te lo voy a discutir, jefa —responde, pero hay afecto en sus palabras—. La pregunta es: ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿Hacer? ¿Qué puedo hacer? Se va mañana temprano.

—¿Y? Eso es mañana. Todavía hay tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Para rogarle que rechace un ascenso que ha estado persiguiendo durante años? ¿Para pedirle que renuncie a su vida por... por lo que sea que tuvimos durante unas semanas? —sacudo la cabeza, cerrando los ojos—. No puedo hacerle eso.

—Vaya. ¿Y quién ha dicho que debe ser ella la que lo deje todo?

—¿Qué? Yo no... ¿qué quieres decir, Lucas?

—¿Qué te ata tan fuerte a esta isla, Ingrid? Sí, el restaurante es tuyo. Pero también eres una chef reconocida. Podrías cocinar en cualquier lugar del mundo. Boston incluido.

—No es tan simple —protesto, pero incluso mientras lo digo, mi mente ya está considerando posibilidades que antes habría descartado como absurdas—. No puedo simplemente irme. Tengo responsabilidades, personal...

—Responsabilidades que podrías delegar. Personal que podría manejarse con tu supervisión a distancia —Lucas se inclina hacia adelante, como si quisiese susurrar—. Y no digo que tengas que mudarte para siempre. Pero ¿has considerado pasar temporadas allí? ¿Inviernos en Boston y veranos aquí? ¿O alternar meses? Si de verdad lo deseas, hay soluciones.

—Vale, suponiendo... solo suponiendo que fuese posible. ¿Por qué crees que ella querría algo así? Ni siquiera protestó cuando le dije que debería aceptar el ascenso.

—Porque la trataste como si no te importara —responde con brutal honestidad—. La vi cuando salió, Ingrid. Estaba llorando.

—Tuve miedo —confieso en voz baja—. Miedo de no ser suficiente razón para que se quede. Miedo de que, si le pedía que lo hiciese, un día me odiara por haberle hecho renunciar a su gran oportunidad. Miedo de que, si nos comprometíamos a una relación a distancia, en algún momento esa distancia nos destruiría.

—El miedo es una mierda de consejero —bufa mi ayudante.

Nos quedamos en silencio por unos instantes, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Su vuelo sale a las siete —mascullo entre dientes.

—Entonces tienes hasta las seis para decidir qué es más importante: tu orgullo o ella.

—Esta noche la cagué —admito con un soplido—. ¿Crees que es demasiado tarde?

—Recuerda lo que siempre dice tu amigo Eduard, el loco del viñedo. “El secreto está en abrazar lo imposible. No luchar contra ello, sino trabajar con él”. Si realmente la quieres, no es demasiado tarde. Nunca lo es.

Subo a mi apartamento y me dejo caer sobre el colchón. Necesito pensar. En la cama, su aroma persiste en las sábanas arrugadas que no me he molestado en cambiar. El dolor es físico ahora, una presión en mi pecho intensa.

Esa mujer llegó a mi vida como una tormenta inesperada, despertando partes de mí que creía muertas tras mi relación con Claudia.

Y yo, por miedo, la dejé ir sin luchar.

Cojo mi teléfono móvil. Es muy tarde y seguramente estará dormida, pero debería decirle todo lo que no dije esta noche. Aun así, mi orgullo sigue ahí, susurrándome que si ella realmente me quisiera, habría luchado más. No se habría rendido tan fácilmente.

Sin embargo, ¿no hice yo exactamente lo mismo?

Sigo sin dormir. El reloj marca las 5:47. En unas pocas horas, Tessa estará en un avión rumbo a Boston. Lejos de la isla. Lejos de mí.

A menos que...

Me levanto de un salto. Es arriesgado, posiblemente estúpido, definitivamente impulsivo. Pero, como le dije a Tessa aquella noche durante la tormenta, a veces debes arriesgarte. Probar algo nuevo. Saltar sin red.

Abro el armario y saco una maleta que no he usado desde que llegué a la isla hace tres años. Empiezo a llenarla con ropa, sin pensar demasiado en lo que elijo. Ahora, lo importante es actuar.

Mi teléfono vibra con un mensaje.

*Lucas: por cierto, olvidé mencionar algo. Cuando le pregunté a Tessa por qué estaba tan interesada en la vida en la isla, ¿sabes lo que me dijo? Que por primera vez en su vida había encontrado un lugar que se sentía como su hogar. Piensa en eso. Buenas noches, jefa.*

Las lágrimas me nublan la visión mientras leo el mensaje una y otra vez. Un hogar.

Quizás, juntas, podríamos construir uno propio. No aquí ni allá, sino en el espacio que creamos cuando estamos juntas.

# Capítulo 17

**Tessa**

En el aeropuerto, un enorme reloj que cuelga de la pared marca implacable la cuenta atrás para mi partida. Segundo a segundo, me roba una posibilidad que nunca supe que necesitaba hasta que conocí a Ingrid.

Me siento sola en la pequeña sala de espera, rodeada de turistas felices con sus hombros quemados por el sol y bolsas llenas de recuerdos. Se aferran a los recuerdos de sus vacaciones mientras los míos amenazan con destrozarme por dentro. A tres sillas de distancia, una pareja de recién casados no deja de darse besos, sus alianzas de boda brillan cada vez que entrelazan los dedos. Ayer, todavía pensaba que Ingrid y yo podríamos tener algo parecido algún día. Algo verdadero, para siempre. Ahora aprieto mi tarjeta de embarque como si fuese una condena.

—El vuelo 372 con destino a Boston comenzará el embarque en aproximadamente veinte minutos —anuncia una voz entrecortada por la megafonía.

Miro mi móvil una última vez. Ningún mensaje, ninguna llamada perdida.

¿Qué esperaba? ¿Que corriese hasta el aeropuerto como en una de esas películas románticas? ¿Que luchase por nosotras cuando yo misma no encontré el valor para hacerlo?

Una señora mayor se sienta a mi lado, su vestido floreado y su sombrero parecen una explosión de color que contrasta con los asientos grises del aeropuerto. Huele a crema de coco y a algo dulce, quizás los pasteles de ron que venden en todas las tiendas de la isla.

—¿Vuelves a casa, cariño? —pregunta, con una voz cálida que me recuerda a mi abuela.

—Sí —respondo, sin atreverme a decir más.

—No pareces muy contenta de regresar. Siempre digo que si te vas del paraíso llorando, o estás dejando algo precioso atrás o no estabas preparada para encontrarlo en primer lugar.

—Creo que podría ser ambas cosas —admito.

Asiente comprensiva y me da unas palmaditas en la mano.

—Esta isla tiene una manera de revelarnos lo que realmente queremos, ¿verdad? Mi Harold y yo vinimos aquí hace cuarenta años de vacaciones. Íbamos a quedarnos una semana. Acabamos quedándonos para siempre —confiesa con una sonrisa llena de nostalgia—. A veces las mejores decisiones no son las que planeamos sino las que improvisamos.

Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra. Solo una notificación de la aplicación de la aerolínea: *El embarque comenzará pronto. Tenga a mano su documentación.*

Veinte minutos. Solo veinte minutos antes de tener que subir a un avión y dejar atrás a la mujer que transformó mi mundo en unas breves semanas. Esa mujer que recorrió cada curva de mi cuerpo como si estuviese memorizando un mapa que nunca debía olvidar. Ingrid, que me miró como si fuese alguien especial incluso cuando estaba en mi momento más bajo. La que me enseñó que el amor, el verdadero amor, no consiste en grandes gestos ni en regalos caros, sino en ser vista, realmente vista, por tu pareja.

Cada vez que cierro los ojos, siempre aparece ella. La forma en que se le arrugan los ojos cuando se ríe, la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda que besé cada noche, el aroma de hierbas y cítricos que permanece en su piel incluso después de ducharse. El sabor de su cuerpo cuando lo exploré aquella primera noche.

—¿Estás bien, cariño? —La voz de la anciana me devuelve a la realidad.

—No estoy segura de estar tomando la decisión correcta —confieso.

—¿Sobre volver a casa?

—Sobre dejar... a alguien.

Me estudia durante un largo rato, sin decir una sola palabra hasta que sonríe y se decide a hablar.

—Cuando era joven, más o menos de tu edad, casi dejé a Harold. Tuvimos una pelea terrible justo antes de nuestra boda. De hecho, hice las maletas y me fui a la estación de tren.

—¿Qué ocurrió?

—Apareció justo cuando el tren estaba llegando. Me dijo que prefería pelear conmigo el resto de su vida que tener paz con cualquier otra persona —cierra los ojos y sonríe ante el recuerdo—. Tantos años después, puedo decirte que cumplió su promesa

sobre las peleas.

Me río a pesar de mí misma, imaginando a esta dulce anciana en acaloradas discusiones con su Harold.

—¿Y mereció la pena? ¿Todas esas peleas?

—Oh, cariño, las cosas buenas siempre merecen que pelees por ellas. Los trabajos vienen y van. Las oportunidades vuelven a aparecer, nunca sabes cuándo. Pero ¿encontrar a alguien que vea todos tus pedazos rotos y que aun así piense que eres perfecta? Eso es más raro que ganar la lotería.

La megafonía cruje de nuevo.

—Comenzamos el embarque del vuelo 372 con destino a Boston. Los pasajeros que necesiten asistencia especial o viajen con niños pequeños pueden acercarse en este momento.

Miro el teléfono otra vez, el fondo de pantalla que cambié hace solo tres días; un selfie con Ingrid en su playa secreta, sus brazos rodeándome por detrás, ambas riendo mientras las olas bañan nuestros pies. Se nos ve tan felices juntas.

—¿Sabes? —interrumpe la anciana mientras recoge su bolso y se prepara para embarcar—, mi madre solía decir que el arrepentimiento es el equipaje más pesado que cargarás jamás. Y créeme, a mi edad, he cargado mi parte de maletas —se ríe ante su comentario y me da una última palmadita en la mano antes de levantarse—. Sea lo que sea lo que decidas, espero que te traiga paz. Y, sobre todo, que te haga feliz.

Se aleja, dejándome con sus palabras resonando en mi cabeza. El arrepentimiento es el equipaje más pesado. Y de repente, comprendo lo que he estado sintiendo desde que dejé el restaurante de Ingrid anoche.

Me inundan los recuerdos: Ingrid enseñándome a preparar ceviche, sus manos guiando las mías mientras cortábamos limones y chiles; bailando juntas en el festival de la isla, haciendo el amor durante la tormenta tropical, con los truenos enmascarando nuestros gemidos. La forma en que creó espacio en su vida para mí de un modo tan natural, como si siempre hubiese estado en ella.

Y luego recuerdo su rostro anoche: distante, resignado, aceptando mi partida como algo inevitable. Tal como yo había hecho. Ambas demasiado asustadas para decir lo que realmente queríamos, ambas fingiendo que esto era solo un romance de vacaciones cuando las dos sabíamos que era mucho más.

—Última llamada para el vuelo 372 con destino a Boston —anuncia la voz por

megafonía, cortando mis pensamientos—. Por favor, tengan listas sus tarjetas de embarque.

Las últimas personas hacen fila, arrastrando su equipaje de mano. La pareja de recién casados se besa una última vez antes de unirse a la cola. Yo permanezco sentada, paralizada, sin poder elegir entre dos futuros que se separan con cada tic-tac del reloj.

Un camino me lleva de vuelta a Boston. Al ascenso por el que he luchado durante años, a una vida que conozco y entiendo. El camino cómodo y lógico.

El otro conduce a la incertidumbre, a una relación que atraviesa océanos, a un amor tan nuevo y a la vez tan profundo que me aterroriza. El camino arriesgado, el que quiere mi corazón.

El teléfono vibra de nuevo y miro hacia abajo, esperando otra notificación de la aerolínea.

Es un mensaje de Richard Montgomery:

*Tessa, necesito confirmación de que vienes en ese vuelo. Enviaré un coche a buscarte al aeropuerto. Este es tu momento. RM.*

Mi momento.

Entonces, ¿por qué se siente tan vacío comparado con lo que dejo atrás?

—Última llamada de embarque para el vuelo 372 con destino a Boston. Todos los pasajeros deben dirigirse a la puerta de inmediato.

Dejo escapar un larguísimo suspiro. Me pongo en pie, y sujeto con tanta fuerza el equipaje que mis nudillos se vuelven blancos. Un paso, luego otro y otro más hacia la puerta. La azafata sonríe. Una sonrisa profesional, su mano extendida para recibir mi tarjeta de embarque.

—¿Señorita? ¿Su tarjeta de embarque, por favor?

Tiemblo mientras la sujeto entre los dedos. Un trozo de papel que me llevará lejos de la isla. Lejos de Ingrid. Para siempre.

—¿Señorita? Necesitamos cerrar la puerta.

Me disculpo y fuerzo una sonrisa. De regreso a Boston. De vuelta a la vida que conozco aunque no tenga nada claro que allí seré feliz.

# Capítulo 18

**Ingrid**

—¡Joder, Lucas, conduce más rápido! —grito, agarrándome con fuerza al salpicadero mientras su viejo coche salta al encontrar otro bache. Cierro el puño contra la carta de Tessa, arrugada, seguramente ya ilegible, aunque sus palabras estén grabadas en mi memoria.

*"Si me equivoco, si sientes siquiera una fracción de lo que yo siento por ti, lo siento. Lo siento por no ser lo suficientemente valiente para quedarme..."*

—Conduzco todo lo rápido que puedo sin poner nuestras vidas en peligro, jefa —chilla Lucas, esquivando un camión de reparto—. ¡El aeropuerto está a dos kilómetros! Ya casi estamos.

—¡Su avión sale en cinco minutos!

Compruebo el reloj por enésima vez. Ojalá Lucas me hubiese entregado esa jodida carta un poco antes.

—Lo siento, jefa, Tessa me pidió que te la diese cuando se hubiese ido —se disculpa de nuevo, aunque apenas le escucho.

Ahora, mientras aceleramos por la carretera costera, todavía no puedo creer lo estúpida que he sido. Orgullo, miedo, autoprotección; todas las murallas que construí cuando Claudia me destrozó. Todas las razones por las que me convencí a mí misma de que era mejor dejar ir a Tessa que arriesgar de nuevo mi corazón. Ahora, todo eso me parece patético en comparación con lo que puedo perder.

—¿Qué vas a decirle? —pregunta Lucas, tomando una curva tan cerrada que mi hombro golpea contra la puerta.

—No tengo ni idea —admito, sintiendo una oleada de pánico—. Supongo que lo siento. Que fui una cobarde. Que estoy enamorada de ella.

—Yo empezaría por eso último —asiente Lucas—. Sí, empieza por eso.

Enamorada. Las palabras deberían aterrorizarme. Unas semanas no es tiempo

suficiente para enamorarse. Es ridículo, es impulsivo, es el tipo de decisión emocional que juré que no volvería a tomar. Y sin embargo, es lo más cierto que he sentido desde que pisé esta isla hace tres años.

La amo. Y la dejé marcharse porque tenía demasiado miedo para admitirlo.

—¡Ahí está, jefa! —anuncia Lucas mientras señala con el dedo el pequeño aeropuerto de la isla. Poco más tarde, frena bruscamente, ganándose bocinazos de un taxi.

—¡Gracias! —me despido—. Luego te llamo.

—¡Ve por ella! —chilla, haciendo un gesto con el puño para darme ánimos.

Atravieso corriendo las puertas automáticas, ignorando al guardia de seguridad que me grita algo sobre no correr en la terminal. El aeropuerto es minúsculo; una sala principal, tres puertas, un pequeño puesto de café. Me lleva apenas diez segundos escanear todo el espacio.

No hay ni rastro de Tessa.

—Disculpe —jadeo, llegando al mostrador donde una mujer con uniforme de la aerolínea teclea en un ordenador—. El vuelo a Boston, ¿ya ha salido?

—Acabamos de terminar el embarque —responde con calma, señalando hacia la puerta.

—Tengo que entrar, es una emergencia.

—No puede. Ni siquiera con tarjeta de embarque, ya hemos cerrado.

—Por favor, es muy importante —suplico—. No voy a volar, ya no había billetes, pero necesito hablar con alguien de ese vuelo. Serán solo cinco minutos.

Seguramente estoy gritando porque dos miembros de la seguridad del aeropuerto no tardan en llegar. Ante un nuevo intento por mi parte de abrir la puerta y correr tras Tessa, me cogen cada uno por un brazo y me sacan a la fuerza fuera del edificio.

No importan mis súplicas, mis ruegos. Por mucho que grite que es el amor de mi vida y que necesito recuperarla, no atienden a razones. Ni siquiera cuando un enorme grupo de curiosos se forma a nuestro alrededor, atraídos por el escándalo que estoy montando y les increpa.

—¿De verdad piensas que soy el amor de tu vida? —escucho a mi izquierda.

Me quedo congelada, temiendo por un instante que mi mente me esté jugando una mala pasada, fruto del estrés.

Lentamente, me vuelvo hacia la voz, sabiendo que no es ella. No puede ser ella.

Y, en cambio, ahí está. De pie frene a mí, con una cara de sorpresa que debe reflejar la mía… y el universo se detiene.

—¿No te has subido al avión? —pregunto confusa, todavía tratando de comprender lo que ocurre.

—Ya ves que no —confirma, dando un paso hacia mí—. No podía... no podía subir.

—Intenté comprar un billete para Boston, pero el vuelo estaba completo —confieso con un suspiro.

—Pues menos mal.

—Leí tu carta. Lucas me la dio esta mañana —admito mientras vamos borrando la distancia que nos separa.

—Se suponía que no debía dártela hasta que me fuera —murmura, colocando una mano en mi cintura.

—Es un terrible siguiendo instrucciones, por eso es el mejor sous chef que he tenido.

Tessa ríe a través de las lágrimas que ahora corren por sus mejillas. El grupo de turistas que se ha formado a nuestro alrededor aplauden. Los se seguridad se miran como pensando que somos imbéciles. Pero ya nada me importa. El aeropuerto ha desaparecido. Solo existimos nosotras dos.

—Te quiero de un modo que nunca pensé que sería posible —susurro mientras la abrazo—. Si quieres irte a Boston, lo entiendo. Iré contigo, pasaré temporadas allí. Haremos que funcione. Solo dame una oportunidad, por favor.

—Iba a proponerte algo parecido —suspira, apoyando la frente sobre la mía. Riendo y llorando a la vez.

—Somos un desastre —murmuro.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ahora, volvemos a casa. A nuestra casa. Luego ya pensaremos en un plan —propongo antes de besar sus labios.